



CAPACIDADES

- Analiza los elementos estéticos utilizados en obras literarias paraguayas y universales.
- Identifica rasgos socioculturales presentes en las obras de la literatura paraguaya y universal.
- Analiza estilos lingüísticos de autores paraguayos y universales.
- Interpreta mensajes transmitidos en textos orales.
- Produce textos orales con características de cohesión y coherencia.
- Interpreta mensajes transmitidos en textos escritos.
- Produce textos escritos con intención literaria.
- Compara los aspectos sociológicos e ideológicos entre las obras paraguayas y las obras de la literatura universal.

3

unidad

La guerra y la paz en la literatura

SÍ A LA PAZ



¡Paz!
Palabra suave y solemne.
Oprime y exalta.
Desciende del reino invisible:
los cielos.
Tiene fuerza profética:
“Paz a los hombres que el Señor ama”.

¡La Paz debe existir!
¡La Paz es posible!

No es un sueño puramente ideal.
No es una utopía inalcanzable.
Es y debe ser una realidad.
Realidad mutable
que se debe crear en cada
periodo de la civilización.

La Paz no es pereza pública.
Es un equilibrio que se sostiene
en el movimiento y que despliega
constantes energías
de espíritu y de acción.
Es una fortaleza inteligente
y siempre viva.

Decir sí a la Paz
Es decir sí a Dios.

Pablo VI

“Paz, como manda el nacional escudo

A fin de que a su sombra bienhehora,
Resuenen las sirenas de las fábricas
Trabajen sin descanso los talleres...”

...“Bendita sea y respetada siempre
la libertad, el don más elevado
después del don supremo de la
vida...”

Maldita sea la implacable guerra,
maldita la ambición que la provoca,
maldito el odio torvo que la enciende...
maldito el furor negro que la atiza
“...Y nunca vuelva
a ensangrentar el suelo donde duerme
inmortalmente nuestros padres to-
dos!”

“Paz como manda el nacional escu-
do!”

Fariña Núñez, Eloy
Obra Poética, dicaudar.
Asunción, 1982

Elegía

significa llanto

La **Elegía** es un poema lírico extenso que expresa sentimientos de dolor, bien sea ante una desgracia individual, bien ante una calamidad de tipo colectivo.

**LA GUERRA Y LA PAZ
EN LA VOZ DE LOS POETAS**



Este texto poético pertenece a Josefina Plá; leámoslo con atención

**Los treinta mil ausentes
XXV**

“Patria, hemos muerto para que vivieras
Hemos callado para que cantaras
Hemos dado la sangre y la sonrisa
para que tu sonrisa prosiguiera
Patria, caímos para
que inmovible en pie siguieras
Patria, cegamos para que más fulgiera
tu horizonte
La juventud que no tuvimos
es juventud que entre tus venas se renueva
Patria, hemos muerto para que vivieras
hemos caído
para que mientras
en ti seamos latido
de raíz y de simiente
inmovible e intocada sigas
Y mientras no nos dejes morir en el recuerdo
mientras en ti vivamos no lo olvides
tú seguirás viviendo!...”.



Plá, Josefina. Los treinta mil ausentes. Editores Arte Nuevo, Asunción, 1985. Ilustración de Carlos Colombino

Camino hacia la lectura

Leemos expresivamente el poema «Sí a la paz». Resumimos el contenido y lo evaluamos.
« Los treinta mil ausentes»

ANÁLISIS Y COMENTARIO



1. Interpretamos los siguientes puntos.
La relación íntima entre los soldados muertos y la tierra;
El significado de los dos últimos versos del poema XXV.
Reconocemos los casos de construcción reiterativa.
2. Escribimos un párrafo expositivo sobre la ofrenda de las jóvenes vidas en la defensa del Chaco.
3. Redactamos dos párrafos argumentativos en pro o en contra sobre la Guerra del Chaco.
4. Entregamos nuestros trabajos al profesor para su corrección y evaluación.

Localización del texto

Este canto elegíaco es uno de los 35 poemas que constituyen el libro “Los treinta mil ausentes” que la escritora había dedicado a los caídos en la Guerra del Chaco. Todos los poemas conforman una unidad encadenada por su motivación y contenido, cual es el homenaje a los soldados combatientes muertos durante la guerra con Bolivia.

Clasificación

Hugo Rodríguez Alcalá es considerado como uno de nuestros más grandes críticos; lo clasifica como

“una composición del género heroico, un canto elegíaco”. Es un canto a los treinta mil soldados muertos en la Guerra del Chaco.

Propósito de la autora

Es un poema escrito para exaltar la gloria de los muertos que en la visión poética de la autora se transfiguran en cuerpos gloriosos que vivirán eternamente en el recuerdo de los paraguayos.

Estructura externa.

Son 19 versos de métrica variada.

Estructura interna.

Es un cántico que entonan los muertos, reaparecen los muertos ahora para imprecicar a la patria.

“Patria, hemos muerto para que vivieras / hemos callado para que cantaras”.

Se expresan en la primera persona del plural; es un personaje lírico convencional, es una voz trágica pero no amarga. Este personaje literario es un ser desgarrado, cuya voz domina el poema, nuestra poetisa elige la voz de los muertos para cantar a los héroes y lo hace con singular maestría, al hacer aparecer

el fantasma juvenil.

“La juventud que no tuvimos / es juventud que entre tus venas se renueva”.

Nivel léxico-semántico

El poema contrasta vida y muerte, olvido y recuerdo.

Expresiones como: «hemos caído para que en pie siguieras, hemos muerto para que vivieras, hemos callado para que cantaras», configuran antítesis con las cuales logra imprimir una mayor fuerza expresiva, un mayor vigor representativo al cuadro que pinta, cual es llamar a los muertos al desfile para que los vivos sigan teniendo patria.

Es un acertado juego poético, un procedimiento que emplea para destacar con más energía el relieve de contradicciones de lo que quiere afirmar; negación y afirmación a un tiempo:

los muertos están vivos.

hemos caído / para que mientras / en ti seamos latido / de raíz y de simiente/ inconvencible e intocada sigas.

Valoración global

Se lamenta el holocausto de tanta vida joven, tantos jóvenes ofrendaron sus vidas que ahora en este canto claman seguir viviendo, no desean ser olvidados. Es conmovedor este poema con el cual Josefina Plá logra llamar a las conciencias de los compatriotas a no olvidar a los caídos.

La imagen de los guerreros triunfantes que desfilan gloriosos ante su pueblo.

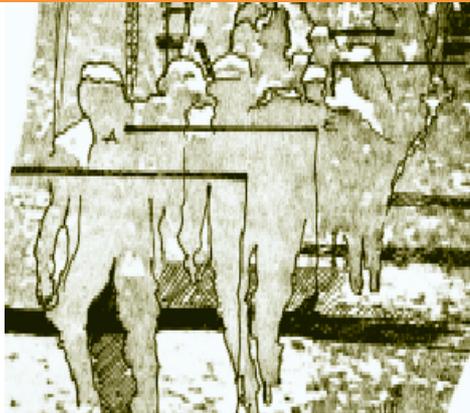
Están todos de pie como antes, dispuestos al reposo, lejos de las balas que más les hirieron en el alma.

En los versos se conjugan el amor y la vida, la muerte y el dolor. El poema constituye un doloroso testimonio impregnado de profunda humanidad.

Lectura

POEMA IV¹

*Los treinta mil que allá quedaron
prendidos a la tierra
como queriendo oírla
como queriendo asirla
como queriendo hacerse raíz de ella
o cara al sol gritando sin palabras.
¡Oh voz inacallable de los muertos!
Una vez más su voto
de colgar en los lindes de la patria
arco triunfal de las fronteras
los ramos de sus verdes primaveras.*



(1) Plá, Josefina. Los treinta mil ausentes. Editores Arte Nuevo, Asunción, 1985. Ilustración de Carlos Colombino

ANÁLISIS Y COMENTARIO

La poetisa tiene la visión, la sensibilidad especial para hablar con imágenes primordiales que transmiten que los soldados muertos se hicieron raíces y gritan con voces que no se apagan y que gracias a que ofrendaron su juventud, la patria puede sentirse triunfante.

Después de una lectura atenta, trabajaremos en grupo

XXVI

*Siguen pasando erguidos y bizarros
Nadie como ellos el compás ajusta
a la espalda llevando los fusiles
y en la boca la sonrisa de la última
broma jugada al compañero
No busquéis sus heridas
no les contéis las llagas
no les contéis las puertas*

*que buscando su alma les abrieron las
balas
Están todos de pie de pie como antes
de acostarse la última vez en casa
dispuestos al reposo sobre la media
luna
de la hamaca
Lejos están las llagas las heridas
lejos lo que mutila y desfigura.*





Josefina Plá
(1903-1999)

Natural de las Islas Canarias, nació en 1903, llegó al Paraguay en 1927 con su esposo, el ceramista Andrés Campos Cervera. Participó junto a Augusto Roa Bastos y Andrés Campos Cervera de la renovación poética de nuestro país.

Fue redactora de varios diarios en nuestro país como La Tribuna, El Orden, La Nación y El Liberal. Durante décadas colaboró en publicaciones periodísticas locales y del exterior por medio de ensayos críticos de arte, historia, teatro, literatura, etc. Juntamente con Roque Centurión Miranda, emitía un programa radial literario en el cual daba a conocer los fundamentos de las innovaciones en el arte. Ella lideraba el grupo Arte Nuevo.

Mujer excepcional, puso todo su talento al servicio de la cultura en nuestro país. Fue miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua Española y de la Academia de la Historia.

Falleció en Asunción en 1999.

EXPRESIÓN ORAL



Respondemos a estas cinco preguntas en forma oral

- ¿Con qué versos, Josefina Plá pinta el desfile de los combatientes?
- ¿En qué versos, la autora destaca el talante juvenil?
- ¿En qué versos expresa las consecuencias de la guerra?
- Escribimos un listado con los vocablos que reflejan la violencia de la guerra.
- ¿En qué versos se expresa la idea de la paz?
- Anotamos las respuestas en la pizarra.
- Leemos y evaluamos el trabajo.



ACTIVIDADES

Después de la lectura

Escribimos un texto expositivo en el cual expresamos nuestra opinión en cinco líneas sobre las consecuencias de la Guerra con Bolivia. Recordamos que al dar muestra opinión podemos utilizar valoraciones subjetivas como objetivas.

Presentamos el trabajo al profesor para ser evaluado.

Josefina Plá

Obras literarias

En sus obras, los temas del dolor, el sufrimiento y la muerte constituyen una constante. En el género lírico destacan los poemarios *El precio de los sueños* (1934), *Rostros en el agua* (1939), *Invencción de la muerte* (1982), *Satélites oscuros* (1966), *Tiempo y Tiniebla* (1982), *Follaje del tiempo* (1985), *La llama y la arena* (1987), *Los treinta mil ausentes* (1985). Todos estos fueron reunidos en el libro *Josefina Plá, Obras completas* (1996), aparecido con el prólogo de Augusto Roa Bastos y datos bibliográficos de Miguel Ángel Fernández.

Entre sus obras narrativas se destacan: *La mano en la tierra* (1963), *El Espejo y El Canasto* (1981), *La pierna de Severina* (1983) y *La muralla robada* (1989).

Publicó importantes **obras teatrales** como: *La cocina de las sombras* e *Historia de un número* (1969), *Fiesta en el río* (1977), que ganó el concurso teatral de Radio Charitas.

En el género ensayístico publicó *Voces femeninas en la poesía paraguaya* (1982), *La cultura paraguaya y el libro* (1983), *En la piel de la mujer* (1987), entre otros.

Josefina Plá articula los poemas de modo que no se suscite un quiebre en el desarrollo de las ideas, pues apunta a una valoración regular de cada agrupación verbal. Ningún verso es más importante cuando en él se precipitan todos los hallazgos poemáticos y los valores rítmicos a lo largo de la secuencia estrófica.

En cada poema se esboza el contenido al inicio, luego se intensifica dicho contenido que se concluye en el último verso. Cada uno de los poemas constituye una unidad perfecta.

Trabajó con verdadero heroísmo, con pasión, con verdadera vocación hacia la cultura en su país de adopción, donde permaneció hasta su muerte. Llevó una vida entregada al trabajo intelectual con fe, constancia, alejada de las ambiciones materiales.

Su actividad literaria abarcó todos los géneros: poesía, narrativa, periodismo, ensayos históricos, crítica de arte y crítica literaria, las artes plásticas en dos expresiones: grabado y cerámica.

Josefina Plá ha sido merecedora de numerosas distinciones como la de Dama de la Orden de Isabel La Católica conferídale por los Reyes de España en 1997, en ese mismo año recibió el reconocimiento de Mujer del Año, Asunción Paraguay y recibió la ciudadanía honoraria otorgádale por el Congreso Nacional en el año 1998.

“Josefina Plá llegó a nuestra tierra por razones de amor, y aquí quedó, fecundando con amor la tierra de nuestra cultura. Con su obra poética, es la primera que franquea la barrera de la modernidad en nuestras letras” (Rubén Bareiro Saguier).

ESTAMPAS DE LA GUERRA



Presentamos el poema para que lo leamos expresivamente

Horror y muerte en la guerra

Iba yo al frente de mi Compañía
cuando, tendido en el camino,
lo encontré. Me miró con ojos ya vidriosos.
Movi6 unos labios lívidos,
alz6 una mano vacilante
y, muy dificultosamente, dijo:
-¡Agua, agua, por Dios, sólo una gota.
Era su voz un apagado grito.
Me arrodillé a su lado,
limpié aquel rostro ya amarillo

y cubierto de polvo,
y le di de beber. Un gran gemido
exhaló el boliviano moribundo
y expiró. No sé qué me dijo
o qué quiso decirme,
pero aquellos opacos, fríos ojos de
vidrio, me mirarán eternamente y
eternamente agradecidos.
Hugo Rodríguez Alcalá, paraguayo.

ANÁLISIS Y COMENTARIO



1. Reflexionemos sobre el poema. En el poema que leemos predomina la función poética, aunque presente el relato de un hecho ocurrido en el frente de batalla, son versos que reflejan el estado de ánimo y los sentimientos del poeta que se halla invadido de fuertes emociones.

2. El poema está estructurado en pareados. Cada estrofa encierra una idea. Ellas están encadenadas en progresión hasta llegar al final con la muerte.

1° — contexto de la guerra

2° —
3° — agonía

4° —
5° — desesperación a causa de la sed

6° — misericordia

7° — solidaridad

8° — muerte

9° — gratitud

3. Manifiesta de manera clara el horror de la muerte a causa de la sed durante la Guerra del Chaco. La *función poética* de la lengua está orientada hacia el mensaje mismo, en ella el referente; aunque subsiste, se hace ambiguo como consecuencia de que en el texto los signos contraen no solamente relaciones sintagmáticas, de continuidad con otros signos, sino también, simultáneamente, relaciones paradigmáticas. Todo ello, corresponde a un propósito estético.

4. La concisión de los pareados y el sentimiento exaltado y dolorido del poeta, hacen que el poema lírico-narrativo, sin duda dictado por sentimientos penosos, en que el poeta parece verter su angustia, aunque dramáticamente.

5. La conexión entre las estrofas se establece métrica y conceptualmente. El léxico del poema es convencionalmente sencillo. Los dos últimos versos “me mirarán eternamente / y eternamente agradecidos” pretenden condensar la observación sobre la muerte y el valor del sentimiento de humanidad, de fraternidad.

6. El tema del poema se centra en un eje que apunta al horror de la guerra, al horror de la sed, a mostrar el poco valor de la vida en el campo de batalla.

La función poética de la lengua está orientada hacia el mensaje mismo, en ella, el referente, aunque subsiste, se hace ambiguo como consecuencia de que en el texto los signos contraen no solamente relaciones sintagmáticas, de continuidad con otros signos, sino también, simultáneamente, relaciones paradigmáticas. Todo ello corresponde a un propósito estético.

ACTIVIDAD



Escribimos un comentario, teniendo en cuenta uno de los siguientes puntos:

- . El escenario de la guerra
- . La sed en el campo de batalla
- . La presencia de la muerte

TEORÍA LITERARIA



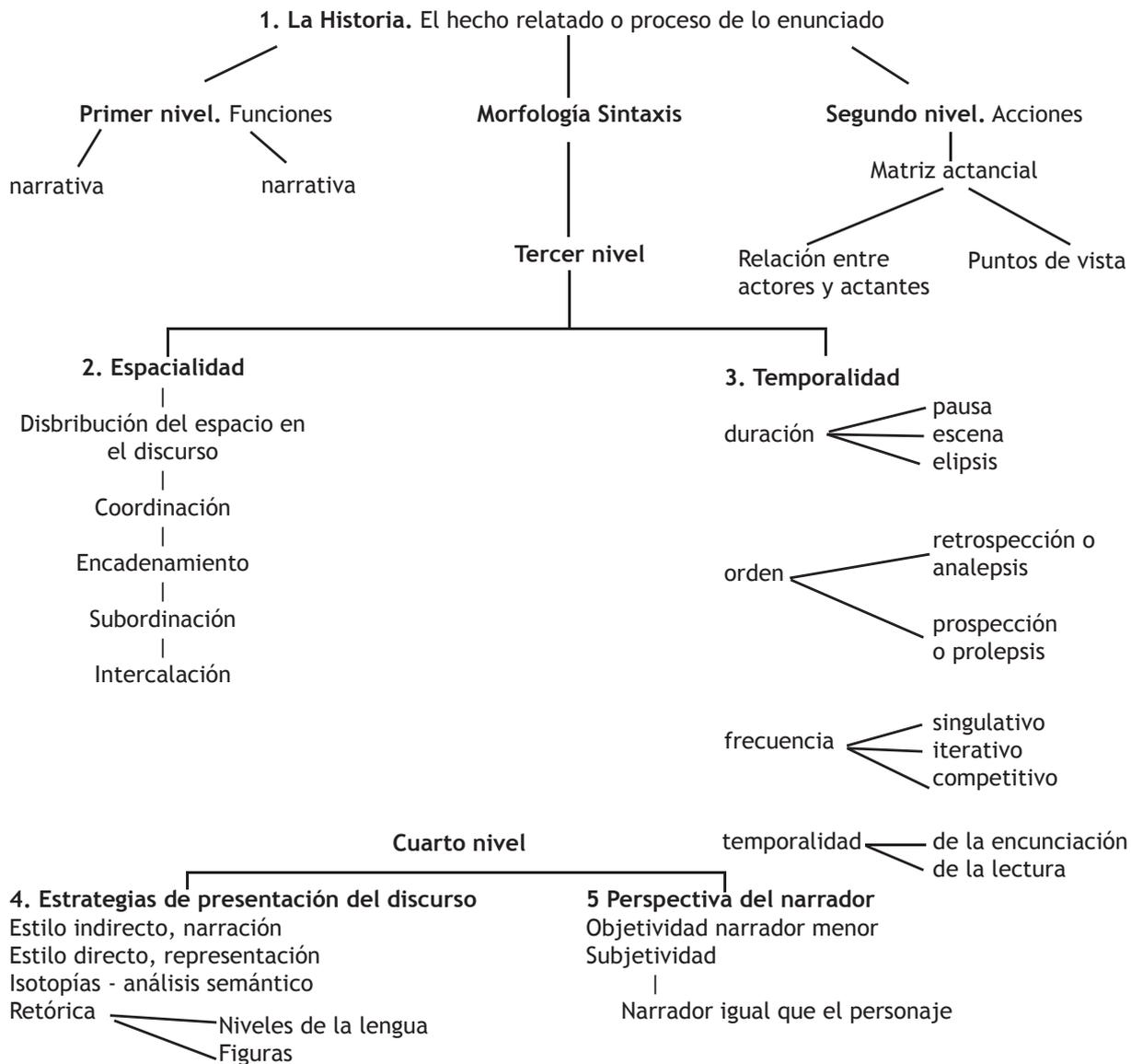
Los relatos

1. Los relatos son textos literarios, incluyen los dramas, obras de teatro y las narraciones (novelas, mitos, leyendas, epopeyas y cuentos); es decir, son las obras que relatan historias.

El hecho de que contienen series de acciones ligadas temporal y causalmente y ejecutadas por personajes, es lo que tienen en común todos los relatos. Pero una simple cronología, es decir, una sucesión de hechos no integrados en una unidad de acción, tampoco constituye un relato.

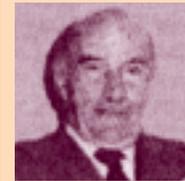
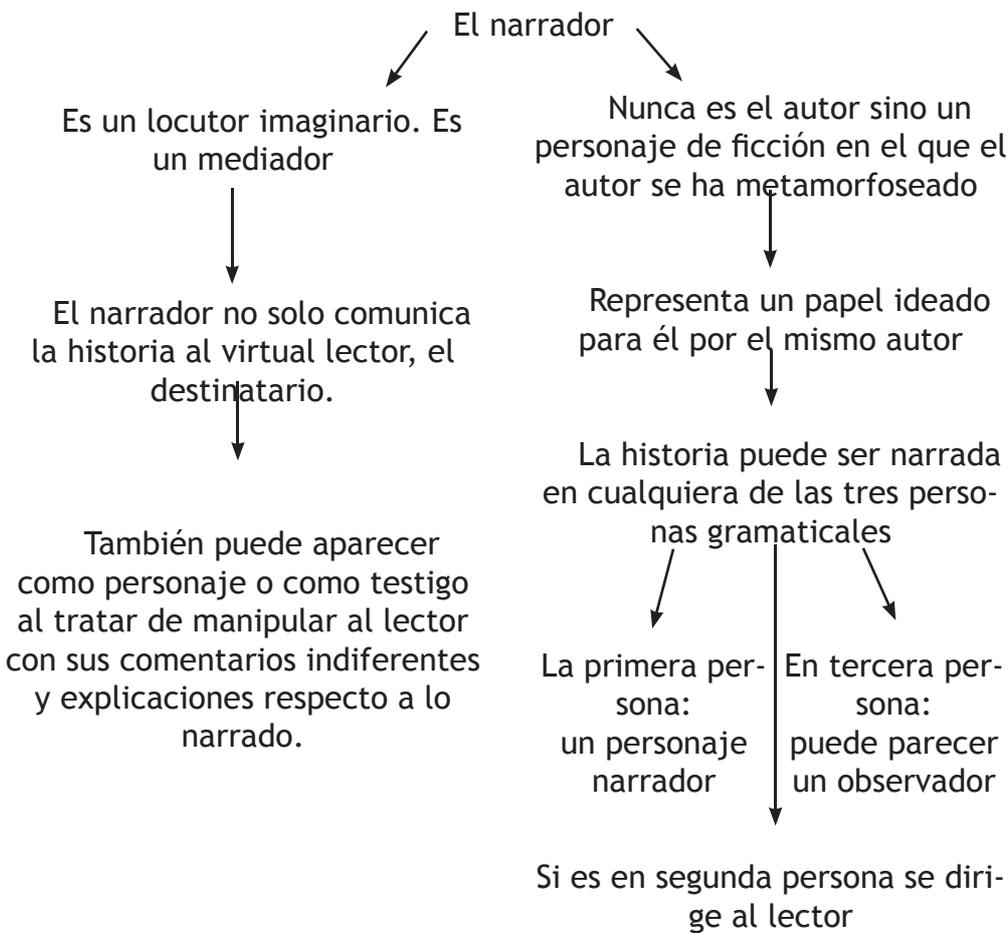
La noción de consecutividad, (luego de temporalidad) es esencial en la definición del relato. Si no hay sucesión temporal, posiblemente nos hallamos frente a una descripción, siempre que los objetos que mencione el texto; se encuentren relacionados entre sí por su contigüidad en el espacio.

Los niveles del relato



CAMPO REFERENCIAL

El narrador y las acciones en el relato literario



José Antonio Bilbao (1919–1998)

Nacido en Asunción. Sus primeros estudios los cursa en el Colegio Monseñor Lasagna de Asunción y luego en el Colegio de los Padres Salesianos de Montevideo (Uruguay).

Vuelto a la patria, se matricula en la Facultad de Derecho de donde egresa con el título de doctor en 1946. Sus primeros trabajos ven la luz en "Acción" y "Trabajo", órganos de publicación católica de esa época. Fue director de la revista "Acción" en 1939 y en 1947 dirige "Trabajo". En Montevideo publica algunas obras en El Bien Público.

En 1946, publica en Buenos Aires su libro de poemas *El Claro Arrobo*.

En 1953, *El verde umbral*.

En 1959, *La clara espiga*.

En 1961, *La saeta y El arco*.

1970, *Itinerario de amor*.

1981, *Candil de sebo*.

1982, *Sobre tu piel oscura*.

1982, *Perennidad del recuerdo*.

1987, *Tiempos de Ciudad*.

1988, *El espectro del agua*, último poemario publicado antes de su partida definitiva, ocurrida en Asunción en 1998.

El narrador puede intervenir en la historia o saber de ella más que cualquiera de los personajes, ofreciendo así una visión por detrás de la escena. Es el narrador omnisciente y omnipresente cuyo discurso produce la ilusión en el lector de que la historia le está siendo narrada por alguien que sabe mucho más que los personajes, pues puede sondear las conciencias o puede anticipar los acontecimientos sin que encuentre obstáculos espaciales o temporales. En el relato pueden coexistir varias voces narrativas, cada una independiente y libre.

Las acciones y los acontecimientos agrupados en secuencias engendran el relato. Hay una relación texto-contexto, de modo que es necesario en cada caso atender a la naturaleza misma del texto, a su contenido, a la sociedad y a la cultura de la época de su producción o marco histórico.

Una misma acción puede tener significados diferentes en siglos distintos, según las costumbres, los ideales, los valores (qué es delito, qué es castigo, en cierta época). La lógica de una sociedad en un momento histórico es la misma lógica del relato que en esa sociedad se produce.



IMPRESIONES Y RECUERDOS DE LA GUERRA DEL CHACO

en poemas de José Antonio Bilbao, paraguayo

EL CABO

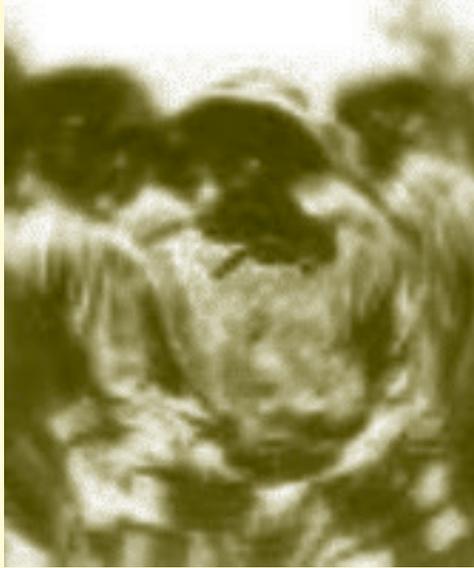
José Antonio Bilbao

*Fijos los ojos, sin sonido el pulso;
Prieta la boca, congelado el gesto,
Yace el cabo, por moscas descompuesto,
Caído en cruz en el final impulso.*

*La guerra lo sacó de su capuera,
de su valle mojado por fontanas,
de sus cálidas albas con campanas
aromadas de miel y de madera.*

*Fue al combate en profundos cañadones,
en abras de dorados espartillos
y vio morir de frente a mocetones.*

*En Boquerón, su daga destructora,
empurpuró los pastos amarillos
con una antigua fe conquistadora.*



LA PATRULLA

José Antonio Bilbao

*Una exploración, teniente.
Debe entrar por el monte
y hacer un pique buscando al enemigo.
Luego regrese. De usted depende
que la maniobra sea un éxito.*

*Con doce hombres salió el teniente.
Machete en mano fueron abriendo
en la espinosa selva angosto pasadizo.
Vayan dejando marcas
apenas perceptibles. Si no el regreso
se hará imposible.
Eran trece sombras que marchaban
despacio, como tigres.
De tanto en tanto descansaban
y en silencio reunidos
se miraban en los ojos, como en vidrios
y cada uno comprendía
que iban haciendo, con duro sacrificio,
en esa maraña de púas agresivas
un sendero para ubicar un sitio.
Todos sabían manejar el arma
porque eran campesinos.
El machete dócil abría los espinos,
seccionaba ramillas del aroma
que estaba florecido. Un sahumero amarillo
purificaba el aire verde y tibio.
Después de andar kilómetros
como culebras en busca de una aguada,
vieron, por fin, el abra y el fortín enemigo.*

*El teniente almacenó en su mente
lo que vio. No había nadie.
El enemigo se había ido. El campo estaba libre.*

*Por el mismo pique
que los sangró, volvieron.
Cumplida está la orden, mi mayor.
Puede Ud. disponer su maniobra.
Con su venia, me retiro.*

ACTIVIDADES



1. Comentamos en grupo el poema El Cabo.

El siguiente esquema puede servir de guía, aunque con la creatividad del curso pueden surgir otras propuestas:

Estudiamos la estructura del poema e interpretamos el contenido del mismo.

- El Soneto. Su estructura.
- Intencionalidad del poeta según la impresión del lector.
- 1ª estrofa. La muerte del soldado; cómo la describe.
- 2ª estrofa. Referencias a la vida antes de la Guerra. Época de paz.
- 3ª estrofa. Lugares donde combatió.
- 4ª estrofa. Batalla famosa; las consecuencias.

Interpretamos y expresamos oralmente el sentido de los versos:

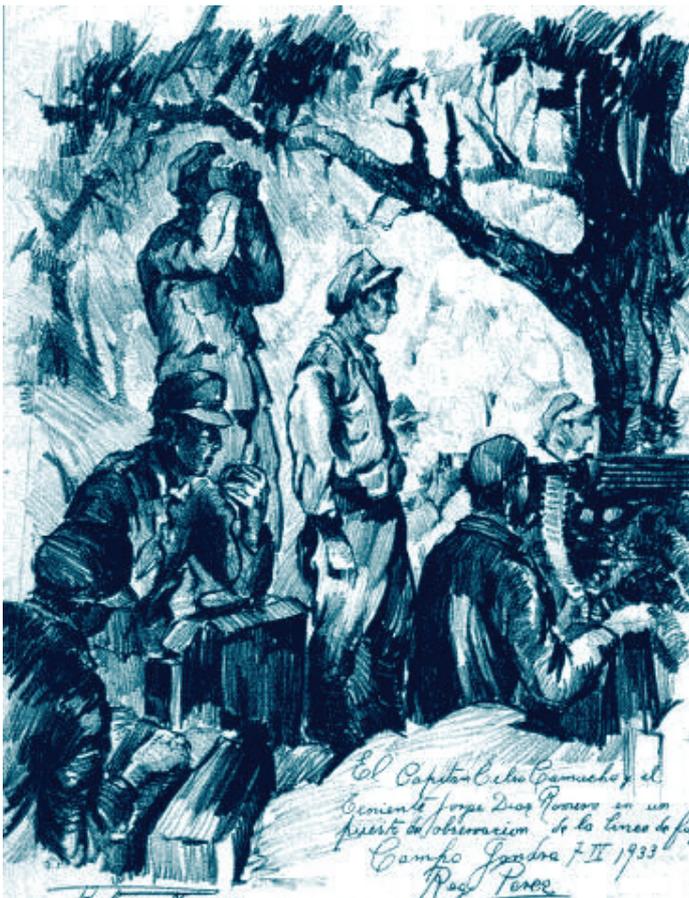
“caído en cruz en el final impulso”

“de su valle mojado por fontanas”

“en abras de dorados espartillos”

“En Boquerón su daga destructora”

“empurpuró los pastos amarillos”



*El Capitán Celso Gamacho y el
Comiente Jorge Díaz Romero en un
momento de observación de la línea de
frente. Campaña Guaraní 7-II-1933
Rosa Peres*

Bilbao pertenece a la generación de poetas y escritores de la Promoción del 40.

Fue distinguido con el Mburucua de Oro, premio otorgado por la Municipalidad de la Capital, por haber ganado el primer premio de poesía con motivo del Concurso por los cuatrocientos cincuenta aniversario de la fundación de Asunción.

Ha sido presidente del PEN Club del Paraguay, miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua Española, e integrante de la junta directiva de la Asociación Paraguaya de Escritores.

Tarea domiciliaria

2. La patrulla es un poema narrativo cuyo protagonista es el teniente. A partir de la lectura describe y comenta:

- La misión que recibe.
- Los pasos que da para cumplir esa misión.
- Las acciones.
- Vuelta y resultado.

3. Escribimos un un texto expositivo acerca de los sufrimientos que trae la guerra y manifestamos nuestra opinión sobre sus consecuencias.



Rubén Bareiro Saguier
(1930)

Nació en Villeta del Guarnipitán, donde cursó sus estudios primarios. Partió a la capital para seguir sus estudios secundarios. Luego obtuvo el título de Abogado y el de Licenciado en Letras en la Universidad Nacional de Asunción.

Se desempeñó como profesor de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Filosofía de la UNA.

A causa de sus ideas políticas sufrió persecuciones y exilio durante la dictadura. Fue apresado y expulsado del país en 1972. Su exilio duró hasta la caída de la dictadura.

Partió a París para especializarse en Literatura. Ejerció la cátedra de Literatura y Civilización Latinoamericana en la Universidad de París – Nanterre y luego en la de París – Vincennes, en donde ejerció la cátedra de Lengua y Cultura Guaraní.

DIENTE POR DIENTE

de Rubén Bareiro Saguier, paraguayo

Para Pierre Clastres, que conoció a Dalmacio Tarová.



Sí, señor, ese es Dalmacio Tatú, mi vecino de la chacra a media legua de aquí. Y usted va a saber lo que pasó. Yo, señor, no soy político ni pendenciero; no me gusta la sangre de cristiano. Claro que tengo mi color, como todo el mundo. Desde que nací tengo el color que mi padre y mis abuelos me ataron como un ñudo mordido al cuello, a los huesos, a la sangre. Bueno, todos somos así; yo y mis hermanos y mis primos y mis tíos. Y lo mismo pasa con mis vecinos. Cada uno tiene su color. Con las mujeres es diferente; ellas tienen que tener el color del hombre, el del padre cuando son hijas de dominio, después cuando se arrejuntan, si que el de su compañero. Eso no quiere decir que uno ande persiguiendo al prójimo, porque no es del mismo color. Qué se gana con eso, sembrar más cruces al borde de los caminitos, sembrar huérfanos, hacer crecer yuyos, porque cuando se suelta la persecución, los que pueden se van lejos, al otro lado del río, y los que no, se quedan a la orilla de los caminos, esperando que un cristiano caritativo les prenda una vela, para evitar que su alma ande penando por ahí, asustando a la gente y a las vacas. Ya hay bastante pobreza en este valle como para seguir haciendo caso de los que vienen de la capilla a decirnos que nuestro vecino es nuestro enemigo y que hay que matarle porque el color de su familia no es el del gobierno. Por lo que ellos se acuerdan de nosotros más que cuando necesitan; después, barriga de perro, uno se puede morir de hambre si en su sembrado la sequía o la langosta, o los granizos hacen la porquería. Nadie le da bola; qué se van a acordar...

Usted sabe, señor, aquí en este valle siempre hemos sido bastante amigos; a mí no me persiguieron mayormente cuando mandaba el otro partido, o bueno, fue sonsera lo que me hicieron. Así también nosotros respetamos a nuestros semejantes que no son nuestros correligionarios. Bueno, eso fue antes de lo que le cuento; los poguasú no llegaban hasta nuestro rincón, seguramente porque estaba muy lejos o porque somos pobres por aquí, y los jefes no tienen gran cosa que sacarnos. Después pasó lo que pasó y todo es diferente; ya ve lo que le ocurrió a Dalmacio Tatú. Pero él no tiene toda la culpa, tampoco se entremetía en política; antes era un cristiano como cualquiera, hasta que esas gentes llegaron a la región. Al principio creímos que eran evangelios, que venían a hablarnos de la Biblia y a vendernos o a regalarnos la Guía Práctica de la Salud, ¿sabe?, ese libro con muchas fotografías. Pero ésos siempre son gringos y éstos hablaban en guaraní puro, como el que más; eran de los nuestros... Venían del otro lado del río. Parecía buena gente; hablaron con nosotros, trataron de explicarnos para qué venían. No estaba mal lo que decían, pero parece que querían engañarnos con lindas palabras, como dijo el Ministro. Usted sabe, señor, a nosotros ignorantes no es difícil jodernos; cuando un letrado sabe hablar puede darnos vuelta de todos lados. Una cosa sí es cierta, todo lo que necesitaban nos pagaban; nunca nos robaron, nunca nos sacaron nada de balde, al contrario, nos daban remedios y se ofrecieron para enseñarnos a leer y todo. Y hablaban lindo; era verdad lo que nos decían para mostrarnos cómo vivíamos aquí perdidos y olvidados de los karaí, de los señores que sólo se acuerdan de nosotros cuando hay elecciones... Pero, usted sabe, parece que todo era para jodernos, al menos eso dijo el Señor Ministro. El Ministro no es un cualquiera, es un jefe, un jefe grande del Partido, y él vino a hablarnos, a nosotros, pobres campesinos. Nosotros no somos nadie, y sin embargo, él vino, personalmente, a explicarnos quiénes eran los montoneros. Primero nos reunió en la Alcaldía de Pindoty y nos hizo repartir caña; después del asado nos entregó un poncho Pilar a cada uno y nos habló más de dos horas. Parece que los guerrilleros eran enemigos de la patria; que venían desde el extranjero, pagados para destruir nuestro país y nuestra religión. Nosotros no vemos mucho al Pa'í, pero creemos en nuestra Santa Patrona del Rosario. Nosotros peleamos en la guerra contra los invasores, y no nos gusta que nadie venga de afuera a invadirnos y a tratar de derrocar nuestro gobierno del Partido y a destruir nuestra religión. Todo eso nos explicó el Señor Ministro y nos hizo repartir machetes nuevitos, brillantes. Cuando le trajeron a Secú Quiñónez, yo no lo reconocí. ¿Usted sabe quién es? Un arriero simpático y corajudo de nuestro valle, hacia el lado de Loma Peró. No había un pedazo de su piel sin un moretón; los ojos no se veían bajo la hinchazón de la cara monstruosa y en el lugar de la oreja izquierda había un pedazo de sangre coagulada. Ese no era un cristiano ni siquiera un animal; al animal se le deguella, se le carnea, pero no se le juega de esa manera. Era un pora, una mala visión que venía arrastrado por dos soldados de las Fuerzas. Lo tiraron delante de nosotros y si no se hubiera movido un poco y lanzado dos a tres gruñidos -le habían cortado la lengua-, yo hubiera dicho que estaba muerto. La cara del Señor Ministro se endureció y sus ojos brillaban como un machete cuando nos dijo que eso, y peor, nos esperaba si nos convertíamos en traidores a la patria y al partido y apoyábamos a los guerrilleros. A mí, no me gustan esas cosas, pero la caña seguía corriendo y uno empieza a perder un poco la cabeza después de varias vueltas; todo el mundo puteaba contra Secú, su primo Tanasio escupió sobre el montón de queresas tirado encima; otros creen que el muerto se levantó y le escupió la sangre en la cara; otros sí que aseguran

que era su hermano. Yo no sé; la cosa es que cuando fuimos a ver lo que pasaba, Dalmacio Tatú estaba sentado en el suelo, gimiendo despacito; una mancha de sangre le subía desde el pecho por la garganta hasta la boca. El resto de la cara era una máscara amarilla, una careta de cadáver, y sus ojos, de vidrio vacío, como el del muerto acostado a unos metros de él. Ya ve usted, señor, las cosas se pagan. Ese que usted pregunta se llamaba Dalmacio Tatú. Ahora es Dalmacio Tarová, el loco de Pindoty.

ANÁLISIS Y COMENTARIO



- Leemos atentamente el texto y tratamos de precisar el sentido contextual de las expresiones abajo citadas. Discutimos sobre su contenido.
 - No soy político ni pendenciero.
 - Cada uno tiene su color.
 - Las mujeres tienen que tener el color del hombre.
 - Sembrar cruces al borde de los caminos.
 - Cuando se suelta la persecución, los que pueden se van lejos.
 - Vienen de la capilla a decirnos que nuestro vecino es nuestro enemigo y que hay que matarlo porque el color de su familia no es el color del gobierno.
 - A mí no me persiguieron mayormente cuando mandaba el otro partido.
 - Los señores sólo se acuerdan de nosotros cuando hay elecciones.
- Hacemos el juego de los curiosos. Dividimos el curso en dos grupos. El primer grupo escribe cinco preguntas en un papel sobre el argumento del cuento y se las pasa al otro grupo que hace lo mismo, otras cinco preguntas que deben contestar los integrantes del primer grupo.
- Escribimos cortas explicaciones sobre los temas que se sugieren en el cuento.
 - El tema político-partidario desde la vivencia del hombre campesino
 - La situación de la mujer desde la conciencia del relator
 - Los guerrilleros como enemigos de la patria
 - Cómo se justificaban las ejecuciones.
- Investigamos con el profesor de Historia:
 - A quiénes se los llamaba montoneros y en qué revolución en nuestro país se utilizó este vocablo.
 - Dónde queda Pindoty en el Paraguay.
 - Si el valle de Loma Peró es ficticio o real.
- Entresacamos del texto las expresiones que aluden a la violencia desatada por la revolución.
- El personaje Dalmacio Tatú es utilizado en la "matación" ⁽¹⁾. Escribimos su historia en 1ª persona, desde la conciencia del personaje.
- Escribimos un comentario sobre el texto desde nuestra perspectiva. Abarcando los siguientes puntos:
 - El modo como es instrumentado el campesino.
 - Las consecuencias de las revueltas contra el gobierno.
 - Los estragos que dejan la persecución política y el fanatismo partidario.
 - La crueldad con que actúan los verdugos de los que mandan.
- Ahora te invitamos a imaginar con los ojos cerrados, un lugar donde se ubique el protagonista. Descríbelo: qué hace allí, cómo actúa y cómo cuenta su historia.



CAMPO REFERENCIAL

La nueva narrativa en el Paraguay

Panorama de la literatura paraguaya

La narrativa paraguaya se ubica dentro de las literaturas nacionales hispanoamericanas, aunque con unas características de atraso y marginalidad cuyas causas no son exclusivamente culturales. El atraso cultural del Paraguay en correspondencia con su atraso social y económico tiene causas históricas irremediadas: las dos guerras internacionales, las luchas intestinas, continuas revoluciones, y la prolongada dictadura han sumido al país en la pobreza que lo ha dejado al margen de los movimientos culturales y de los avances científicos y tecnológicos durante mucho tiempo.

En la Universidad "Paul Valery" de Montpellier, obtuvo el título de Doctor de Estado en Letras y Ciencias Humanas (Cum Laude). Su tesis se titula "De la Literatura Guaraní a la Literatura Paraguaya; un proceso colonial".

En sus últimos años de actividad académica se dedicó a la investigación en el Centro de Investigación Científica de Francia.

A su regreso a Asunción participó como miembro electo en la Convención Nacional Constituyente. Ocupó el cargo de Embajador del Paraguay ante el Gobierno de Francia y el de Delegado permanente ante la UNESCO.

Recibió la Orden Nacional del Mérito de Francia en el grado de Caballero y en el año 1997, la Legión de Honor, en el Grado de Comendador.

(1) Matación. Se refiere a matanza ordenada desde por el gobierno.

Entre sus obras citamos:

Biografía de Ausente (1977), *A la Vibora de la Mar* (1987), *Estancias, Errancias, Querencias* (1982), *El séptimo pétalo del Viento* (1984), *Ojo por diente* obtuvo el premio de Casa de las Américas en 1971. De *Nuestras Lenguas* y otros discursos.

Literatura Guaraní del Paraguay

“En *Cuentos de las Dos Orillas*» (1998), el autor busca desde la distancia las raíces de su patria, explora las claves de su cultura e “interroga el destino de su pueblo...”

La violencia de la guerra y la post-guerra civil se ha instalado en la sociedad.

Antes que de ideas o programas, ellas se nutren de símbolos primarios, canciones, colores, banderas, consignas y termina por inficionarlo todo. Lazos de sangre, de parentesco y de compadrazgo son devorados por un abismo de odio.

Hay que aceptarlo, con la resignada convicción de que todo está inscripto en las tablas secretas del destino. «Mi hijo, nadie muere en la víspera», dice en *Solo un Momentito* el padrino al ahijado a quien va a fusilar, un joven revolucionario capturado”.

Helio Vera

El Paraguay es el único país totalmente bilingüe, junto al español o castellano se mantiene la vigencia de la lengua aborigen, el guaraní, como el más efectivo vínculo de comunicación social, nacional y popular.

Una lengua oral cuyo predominio continúa siendo neto frente a la lengua heredada, los hablantes que dominan y practican ambas lenguas son mayoría, frente a una minoría monolingüe castellanohablante que no entiende el guaraní. En el plano sociolingüístico, los dos universos lingüísticos coexisten, se complementan y se enriquecen mutuamente, ha producido un fenómeno de mutua invasión, no sólo lexical sino semántica y sintáctica que ha dado por resultado la castellanización del guaraní y la guaranización del castellano que da como resultado el jopara. Lingüistas, sociólogos y antropólogos se han visto precisados a clasificar, en términos pragmáticos el idioma formal y dominante como **castellano paraguayo**.

Éste es el universo lingüístico de los lectores de la literatura paraguaya.

En la década del 80 se produce una evolución con la toma de conciencia del ser nacional con el abandono de los temas sentimentales y surge una visión crítica del entorno social y de la vida de los personajes.

El costumbrismo local exento de pintoresquismo, incluye temas cotidianos sin idealizaciones. Aparecen temas como los del agro, de los yerbales, todos ellos con sus diversos condicionamientos socio económicos.

Otros escritores como Gabriel Casaccia desarrollan el tema del hombre acosado, perseguido, preso, exiliado, otros se concentran en temas socio-económicos.

Algunos como Concepción Leyes de Chaves desarrollan temas históricos o costumbristas.

Leemos con atención, en voz alta y completamos un mapa de conceptos en la pizarra.

La narrativa de la Guerra del Chaco

Ha contribuido a la renovación de la producción literaria en el Paraguay. Tuvo consecuencias positivas para la conciencia del estudio de la realidad nacional; surgen temas tales como el estudio del hombre paraguayo y su entorno de miserias y grandezas.

La narrativa, al desprenderse de la política y de la historia, adquiere autonomía; también la sociología pasa a segundo plano.

Una nueva conciencia artística y crítica configurará, una realidad lingüística, formal y temática diferente, lo cual contribuye a la formación de una literatura realista que coloca al Paraguay en el cauce de las nuevas corrientes literarias.

Los grandes problemas del país, ya sean ellos políticos, sociales, religiosos, se convierten en material para la literatura. La realidad del hombre y de la mujer inmersos en circunstancias histórico-políticas o socio-económicas, como el mundo campesino, la vida del trabajador urbano, el hombre del yerbal, el peón de estancia, el hachero de los quebrachales del Chaco o el de la selva del Alto Paraná, la realidad pueblerina de las comunidades del interior del país, todo ello se constituye en interés para el escritor.

La historia o la política entran dentro del relato como factor circunstancial no como determinante, porque es la dimensión humana y su psicología que importa en la construcción de la obra.

La configuración del mundo ficticio de la narración contribuyen al mejoramiento del nivel estético.

La literatura paraguaya de siglo XX

La literatura paraguaya, en las primeras décadas del siglo xx, toma dos cauces bien diferentes. Uno de carácter evasivo, romántico, de ambientación idílica, exalta los valores de la nacionalidad y enaltece a los héroes nacionales, se inscribe dentro de la corriente romántica. Lo inician el argentino Martín de Goicochea Menéndez (1897-1966) y Concepción Leyes de Chávez (1899-1988).

La otra corriente toma carácter social con el español Rafael Barret (1876-1910), que fue el primero que consideró la realidad paraguaya. Sus cuentos responden a la línea realista naturalista, en ellos se da una visión cruel de la vida en estas tierras, con sus miserias e injusticias, pero su literatura de denuncia no fue comprendida, resultaba inoportuna; el pueblo no podía comprenderlo porque subsistía la obsesión de la catástrofe nacional del 70 con sus horrores. El país entero estaba ansioso de reivindicaciones; por ello lo heroico y sentimental cobraba actualidad porque ofrecía la imagen idealizada de los héroes-mártires, lo cual ayudaba a saciar las heridas del alma nacional.

Esa podría ser la razón por la que en el Paraguay no haya surgido en esa época una literatura realista de denuncia, pues el país estaba transitando una etapa empeñada en levantar el sentimiento nacional.

Sin embargo, las experimentaciones en cuanto a las técnicas narrativas llegaron más tarde, con las obras de Roa Bastos publicadas en el exilio.

El abandono de los esquemas románticos muestran a la mujer dentro de la verdadera problemática rural o urbana en contraste con las descripciones idealizadas de la literatura romántica.

La narrativa paraguaya contemporánea ha sido clasificada según la historiadora y crítica de la literatura paraguaya Teresa Méndez Faith en dos vertientes. Una de tendencia conservadora, en la

que predominan los temas costumbristas y hasta folclóricos, que se manifestó con mucha más fuerza en el teatro de Julio Correa y de Mario Halley Mora.

La segunda vertiente recupera e incorpora el cauce abierto por Rafael Barrett, pero que en su momento no prosperó debido a la psicología colectiva que necesitaba superar sus frustraciones durante la postguerra, que se extendió por varias décadas.

Merecen ser citadas las novelas del escritor en el exilio Gabriel Casaccia; son obras realistas que enfocan con crudeza la sociedad paraguaya y los problemas del hombre y de la mujer, víctimas de los avatares políticos, de las injusticias sociales. Las novelas de Juan Bautista Rivarola Matto y de José María Rivarola Matto son profundamente realistas.

Toda la producción sobre la guerra del Chaco, como las obras de Arnaldo Valdovinos, de José Santiago Villarejo, son realistas ya que desterraron la visión idealizadora que mucho tiempo signó nuestra literatura.

A la corriente del costumbrismo sentimental, a veces, con matices idílicos pertenecen *Tava-í* de Concepción Leyes de Chaves; *Huertos de Odios* de Teresa Lamas de Rodríguez Alcalá; *La Raíz Errante* de J. Natalicio González publicada en México (1951) y se reviste de lo tradicional y lo folclórico.

Reinaldo Martínez desarrolla el tema de la estancia en la novela *Juan Bareiro* (1987). Las descripciones del ambiente rural se llevan a

cabo con humor y acierto. De Concepción Leyes de Chaves, *Madama Linch* es una biografía novelada de la compañera de Solano López; las acertadas descripciones de la vida en Asunción, las costumbres hacen que la obra resulte interesante.

Jorge Ritter (1914-1976), médico que ejerció su profesión en comunidades del interior del país, lo cual le ha puesto en contacto con dolorosas realidades del mundo campesino y de los pequeños pueblos del interior.

Descubre las angustias y la dolorosa realidad de las familias de campo en su novela *El pecho y la espalda, La hostia y los jinetes*, en la que manifiesta su preocupación por el desamparo social del hombre del interior, a través de la experiencia de un sacerdote.

La novela urbana se inicia en la década del 50 con cargado tinte psicológico y social; con José María Rivarola Matto y su novela *Follaje en los ojos* (1952), configurada en torno a un personaje de la ciudad, confinado en los yerbales del Alto Paraná por circunstancias diversas. La novela interesante de reciente publicación, en la que se plantea el choque de culturas y la difícil vida del inmigrante es *La Suela*. Juan Bautista Rivarola Matto mezcla temas políticos, sociales y de la tradición popular en su novela "Yvypóra", temas históricos en "Diagonal de Sangre", ambientada durante el gobierno de Francisco Solano López. Los temas del destierro, con "Los Exiliados" de Gabriel Casaccia y en "Imágenes sin tierra", de José Luis Appleyard.

Leemos con atención el cuento

LA CANTIMPLORA

de Hugo Rodríguez Alcalá, paraguayo



Dormía yo pesadamente en mi catre de campaña cuando me despertaron unas voces confusas, excitadas, y una rápida sucesión de estallidos secos, como de bombillas eléctricas que estuvieran explotando, allí mismo, bajo la tienda polvorienta. Debo advertirles que yo estaba hospitalizado en un puesto sanitario, a unos doce kilómetros detrás de la línea de fuego, y esto me sucedió en una siesta sofocante en que soplaban un viento lleno de arena. Yo, tendido en el catre desde hacia una semana, no sabía si aquel viento que sacudía las lonas de la tienda venía desde el norte o desde los oscuros paisajes de la fiebre.

Las voces me despertaron, eran de mi compañero de carpa, el capitán Díaz, un hombre de cuarenta años, que solía hablar solo durante horas, y cuyo catre de campaña, hundidas las patas en la arena finísima del Chaco, estaba ahora a la izquierda del mío, a un metro de distancia.

-¡Morales! ¡Morales! ¡A levantarse!

¡A correr!

Medio dormido aún, más en la fiebre que en la carpa, volví la cabeza hacia ese lado. Lo primero que vi fueron las polainas pardas de Pedro Díaz. Luego advertí que se las estaba poniendo con unas manos huesudas que le temblaban. Esto lo hacía con el sobresalto que seguía a un sueño interrumpido bruscamente en el bochorno de la siesta, entre el rumor del viento caliente.

Las bombillas eléctricas dejaron de estallar dentro de la carpa.

(Mejor dicho: caí en la cuenta de que no había bombillas, como había creído al principio, con el temor de que, al estallar, los fragmentos de vidrio me lastimasen la cara). Pero los estampidos seguían, violentos persistentes, cada vez más próximos: eran ráfagas de ametralladora.

La fiebre, sin embargo, amortiguó aquellos ruidos (ya tan familiares) y se me cerraron los ojos. Cesó el viento, huyó la arena; se hizo en mí un silencio. En rigor, no me habían abandonado todavía.

Las imágenes del sueño reciente se habían agazapado en la sombra y volvían a apoderarse de mí, como en la sala de pronto tenebrosa de un teatro, el haz de luz del proyector inunda la pantalla con súbitas visiones.

Y otra vez volví a encontrarme lejos, muy lejos del frente, del árido desierto; lejos de la guerra, en suma.

Volví a encontrarme en Asunción, en mi casa de Asunción, en el alegre patio empedrado de mi casa de Asunción; un patio poblado de palmas de hojas brillantes, con un gran jazminero abrazado al muro blanco, y una parra verdísima, abundante en racimos maduros. Un sol benigno, colándose entre los sarmientos, iluminaba las baldosas azules, rojas y blancas.

Apagado completamente el estruendo de los disparos, oía yo otra vez la voz de mi madre, la risa de mis hermanitas y el chirrido de la polea balanceante sobre el aljibe de brocal húmedo, del que Petrona, la criada, sacaba un balde de agua limpia y luminosa.

- No hay un minuto que perder. ¡Arriba muchacho, arriba!
- Pedro Díaz me sacudió con fuerza y volvió a gritarme:
- ¡Arriba!

Luego corrió hacia la salida de la carpa, alzó la lona que a ésta servía de puerta, y desapareció en fuga ya hacia la selva.

Entonces, sí, me desperté del todo y lo comprendí todo: una fuerte patrulla enemiga había salido a retaguardia, cortando el único camino que conducía hacia nuestras bases, en el sur; y hacia la línea de fuego, en el norte. Y ahora, los patrulleros enemigos, escondidos en los matorrales a uno y otro lado del



**Hugo Rodríguez
Alcalá (1917)**

Nació en el año 1917. Su formación académica la hizo en el Colegio Nacional de Asunción y en esa época empezó a escribir en los periódicos estudiantiles.

Rodríguez Alcalá acudió al llamado de la Patria cuando se desató la Guerra del Chaco (1932-1935), fruto de esa terrible experiencia es su libro *Estampas de la Guerra*, aparecido en 1939.

Sus primeros poemas y ensayos fueron publicados por *El Diario*, periódico de la época. En 1938, publicó su primer libro *Poemas*, analizado y elogiado por Josefa Plá.

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Asunción (1943) y Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Wisconsin (Madison 1953). Ejerció la cátedra de Literatura en varias universidades norteamericanas por más de cuatro décadas.

Fue fundador y el primer director del Instituto de Estudios Hispánicos en la Universidad de California.

camino, descargaban sus automáticas sobre las carpas de los enfermos y heridos del puesto sanitario.

-¡Aquino! ¡Aquino!

Mi ordenanza no me contestó. Más que ordenanza, Aquino era en aquellos días mi enfermero y tenía orden de no alejarse de mi tienda.

-¡Aquino!

Por suerte yo dormía casi enteramente vestido. Sólo debía calzarme las botas y ceñirme el cinturón con brújula y revólver. Recordé que en el revólver no me quedaban más que cuatro cartuchos acardenillados.

Corrí hacia la salida de la tienda. El estruendo de los disparos me taladraba las sienas haciéndome cerrar los ojos. Soplaban el viento como cargado de ceniza y pólvora. Algunos disparos -disparos de fusil- sonaban a cinco, a diez, a quince metros de donde estaba yo: unos cuantos camilleros, vueltos de su sorpresa, contestaban al fuego con los nueve o diez fusiles que había en el puesto sanitario. Trataban así no sólo de ganar tiempo hasta que llegasen refuerzos desde nuestra línea de combate, sino de cubrir la retirada de los que pudieran ponerse en pie y huir hacia el monte o esconderse en los montes.

Me alejé de la tienda hacia el camino, mimetizándome entre los bajos arbolitos de un verde grisáceo que allí crecían, siempre abatidos de sed. Y vi, a unos cien metros de distancia, a unos jinetes cruzar al galope un claro del monte: eran patrulleros enemigos que buscaban una posición nueva para ametrallarnos más cómodamente.

Volví a zancadas a la tienda creyendo encontrar en ella a mi ordenanza. Pero Aquino no aparecía por ningún lado. Distinguí su gurupa y su manta en el suelo, pero no su carabina de la que nunca se separaba.

-¡Aquino!

¡Y yo que solía tenerle lástima y que por eso lo trataba casi como a un camarada, compartiendo con él cuanto me enviaban de casa para suplir la dieta terrible de la campaña!

De pronto me acordé de la cantimplora, de mi abollada caramañola que debía de estar colgando de uno de los palos de la tienda, junto a mi catre. ¡La caramañola! En aquel desierto de tierra seca como ceniza, de árboles verde-grises, de inmensas formaciones de cactus, entrar en la selva sin cantimplora era marchar a la muerte por laberintos de sed.

Penetré en la carpa. Colgando, junto al catre, la cantimplora. El viento, que se arremolinaba dentro de la carpa, la hacía balancearse, al extremo de la vieja correa, una correa que había absorbido el sudor de las marchas de toda una campaña. La cantimplora estaba vacía. Salí de la tienda. A pocos pasos de ésta, había un barril de gasolina, de metal gris brillante, que ahora estaba lleno de agua turbia de una aguada remota; un agua fangosa, calentada por el sol de enero.

Traté de inclinar el barril a fin de trasegar su líquido a mi cantimplora, a través del único agujero (de dos pulgadas de diámetro) que aquél tenía en el disco de metal que le servía de tapa. Fueron inútiles mis esfuerzos. Estaba yo demasiado débil para mover el peso del barril. Las manos, enflaquecidas y amarillas, se me quemaban y lastimaban luchando contra la geometría de hierro del cubo hecho por la Standard Oil. Un sudor copiosísimo se me convertía en una capa de barro sobre la cara cubierta por el polvo del viento.

-¡Aquino! ¡Aquino!

Me ardía la garganta. Con alivio vi venir hacia mí una figura de un palúdico, delgada y filosa, en la que al fin me pareció distinguir a mi ordenanza. La figura se arrodilló y se tendió en la tierra. Fui hacia el caído y lo miré de cerca, apoyándome en una rama baja. No: aquel no era Aquino. Era otro palúdico, que ya no tomaría más quinina.

El tiroteo castigaba los arbolitos circundantes y ahora se concentraba sobre mi tienda. Las ráfagas acribillaban las lonas sacudidas por el viento, restallaban perforando los palos, picoteando troncos y en este instante hacían sonar, como a un tambor asordinado, el barril de metal lleno de agua.

Entonces, sí, pude cargar mi cantimplora. Por las perforaciones de las balas, el agua fangosa caía en oscuros chorros sobre la arena. Recuerdo bien que, después de aplicar el gollete de la cantimplora bajo uno de los chorros, vi que había otro chorro más grueso. Y bajo este chorro se llenó mi cantimplora.

Eché a correr hacia un bosque de cactus adivinando una ruta más corta hasta nuestras líneas a través de aquel paraje. Por entre los cactus apenas podía correr; la fiebre y un mareo cruzado de ígneas visiones me hacían vacilar sobre las botas ahora erizadas de espinas. A veces un brazo mío, torpemente extendido para conservar el equilibrio en los saltos de la fuga, chocaba con aquellas duras masas de pulpa verde y espinosa y sentía yo la carne rasgada por largos alfilerazos. En torno a mí, los árboles giraban: un cielo plumizo, reverberante, se llenaba de cohetes y el aire se quemaba. Caí varias veces. En una de ellas pensé que acaso sería mejor quedarme allí sobre la tierra, esconderme, dormirme acaso, volver al sueño. Pero los ladridos de metal de las ametralladoras me empujaban hacia el norte. Me detuve un instante al llegar bajo el follaje de un aromita. Tenía sed. La cantimplora se había caído.

-¡Mi teñiente, mi teñiente...

Una voz avanzaba detrás de mí; una voz opaca, nasal, urgente y humilde:

-Mi teniente...

La reconocí: era la voz de Aquino, voz de una boca minada por el escorbuto.

Volví la cabeza y lo vi llegar a mí llevando en las manos pajizas una cantimplora con la correa soltada.

-Su caramayola...se le cayó...

Me apoderé de la cantimplora y bebí en largos sorbos el agua oscura y caliente. Y le ordené que me siguiera, que se viniese conmigo a un cauce seco próximo donde podríamos hallar refugio del fuego y orientarnos juntos, allí, para después proseguir la fuga. Corrimos hacia el cauce.

-Yo estaba con los camilleros, con la carabina...Tiré todas las balas...Y vine a la carpa...La voz entonces se le hizo un grito. Volví la cabeza y vi a Aquino desplomarse sobre el mentón, con los brazos abiertos.

-¡Mi teniente!

Me incliné sobre él sintiendo una fuerte opresión en la garganta.

-Mi teñiente, la caramayola..

Quería él hablar sin poder mirarme, con la mejilla izquierda apoyada sobre la tierra seca. Y acaso en esa postura, comprendió que no necesitaba terminar la frase. Y allí se quedó tendido Marcial Aquino, el cabo Marcial Aquino, entre los cactus, como profunda-

mente dormido, con una mancha roja sobre la espalda.

Vagué perdido por el bosque, mucho después de que se dejaron de oír las ametralladoras de los patrulleros. Pasé la noche bajo unas aromitas. Al día siguiente, oí rumor de lejana artillería. Eso me orientó, no la brújula, que ya no servía.

Cuando llegué a nuestro campamento, lo primero que vi fue al coronel, de pie, en la mitad de la carretera, rodeado de sus oficiales. El coronel, famoso viejo corajudo, tan famoso por su valor como por sus sarcasmos, me recibió con estas palabras:

-¡Aquí viene otro de nuestros corredores! ¡Qué susto les ha dado a ustedes la patrullita de ayer! ¡Me place tener en mi unidad mozos que después de la guerra podrían participar con honor en las Olimpiadas...!

La cara del viejo coronel estaba llena de risa. Lo miré en silencio, pero sólo un instante, porque su rostro colorado burlón se desvaneció y, por rara alucinación, en vez del suyo, ancho y bermejo, vi el palúdico y cetrino de Marcial Aquino y oí que la voz jadeante y angustiada de mi ordenanza me decía:

-¡Mi teniente!...su caramayola...

Y allí mismo, acaso por estar enfermo y exhausto, caí desmayado a los pies del coronel.

El viejo, mientras unos soldados me llevaban a la Sanidad, recogió del suelo mi cantimplora - me contaron después - y ordenó que como la correa se había soltado le pusiesen otra nueva.

Caminos hacia la lectura

Conversamos sobre la Guerra del Chaco.

Comentamos sobre el problema más acuciante cual es la falta de agua.

La sed mató a muchos combatientes.

ANÁLISIS Y COMENTARIO



- 1- Después de una lectura atenta del cuento, nos disponemos a comentarlo oralmente, con ayuda de nuestro profesor.
- 2- Las informaciones que nos proporciona el relato ubican espacial y temporalmente no sólo a los protagonistas, sus acciones y sus evocaciones sino también al narrador.
- 3- Contestamos:
 - ¿Cuál es el sentido del título?
 - ¿A quién representa la primera persona?
 - ¿Qué le sucede a Morales?
- 4- Escribimos en la pizarra el siguiente esquema y lo completamos.
 - Intencionalidad del escritor
 - La idea esencial del tema, utilizando sustantivo abstracto
 - El desenlace. Lo expresamos con una frase breve.
- 5- Coevaluamos nuestra actividad.

Leemos con interés el cuento *Boquerón*, inspirado en la contienda chaqueña.

BOQUERÓN



de Luisa Moreno, paraguaya

No sé por qué nadie se acuerda de nosotros, sin embargo fuimos indispensables. En esa llanura fogosa y áspera, el soldado tenía sólo dos grandes fantasías: El agua y la mujer. El comandante Estigarribia sabía que la palabra vital en aquella sería el agua, sí señor, el agua, y nosotros éramos los poceros. Nuestro "Regimiento" era muy especial. Cada grupo constaba de cuatro hombres y tenía su apodo. El nuestro se llamaba "Teru-teru".

Con la llegada del Comandante Estigarribia a nuestro campamento en Isla-Poí, se intensificaron los aprestos para recuperar el fortín caído meses atrás en poder de Bolivia. Se organizaron dos columnas. Nuestro Comandante se puso al frente de una de ellas y, con un "Viva el Paraguay" que permaneció retumbando en el desierto, el 7 de setiembre de 1932 partimos hacia el camino de Yucra, rumbo a Boquerón. Mi "Regimiento" tenía la misión de apoderarse de los pozos



Luisa Moreno

Paraguaya chaqueña, Doctora en Ciencias Veterinarias, año 1976, socia fundadora de PRONATURA, socia del Club del Libro N° 1, integrante del Taller de Cuento Breve.

En el año 1988 obtiene el segundo premio con su cuento *Capibara*, presentado en el concurso literario «Veuve Clic-quot Ponsardin».

En 1990 ganó el Segundo Premio otorgado por el cuento *Requiem para un dorado* por la revista uruguaya Punto de Encuentro con el cuento *El antiguo catalajo*.

El mismo año fue galardonada con el Segundo Premio del Círculo Español de Puebla, México, por el poema *Pantera Onza*.

Sus libros de cuentos son *Ecos de monte y arena* (1992), reedición en guaraní Kapi'yva, traducida por Mario Rubén Álvarez (1993), *El último pasajero* y *Nardita en el paisaje*

(2000). Es autora también del poemario *Canela encendida* (1994).

de agua que abastecían a las tropas enemigas.

Generalmente nos movíamos de noche mediante sendas de fosos cavados en las tinieblas que nos permitían aproximarnos a las líneas interiores de la defensa. De día rastreábamos el agua con una horqueta verde, una especie de misión imposible por la cantidad de venas saladas que casi siempre nos engañaban.

Nos comunicábamos con los otros grupos según los silbos o gritos de pájaros u otros animales que habíamos elegido como apodo para identificarnos. Una madrugada en que habíamos salido a cazar un venado, el cielo estaba nublado y nos desatinamos.

No recuerdo cuántos días anduvimos buscando a nuestros compañeros hasta que una madrugada oímos el lejano rumor de estampidos, y hacia allá nos dirigimos. Costeando el monte entramos a una picada recién hecha, pero por precaución tomamos un camino paralelo, un tacruzal caliente infestado de tunas.

Al medio día, el sol era una incesante llamarada de polvo blanco, brotaba de la tierra una especie de vapor hirviente y el viento norte traía olor a azufre y a carroña. El cansancio y la sed comenzaban a jugar nos una mala pasada. Algunos sentían náuseas, otros, fuerte dolor de cabeza y, de cuando en cuando, aparecían las visiones. A menudo creíamos encontrarnos con el enemigo, se nos aparecían en grupos miserables, o como solitarios en piel y huesos, le alteábamos y desaparecían en la densa polvareda. Sabíamos de esas cosas. Sucedían a menudo en aquel desolado infierno. Era el delirio, la sed que comenzaba a atormentarnos con las primeras irisaciones del llano y crecía oprimiéndonos en una especie de camisa de goma caliente que nublaba el juicio. Después de la media tarde, a lo lejos vi algo verdaderamente absurdo, una figura que se desprendía de un algarrobo seco y venía directamente hacia nosotros en un remolino de arena y de larga falda negra. Usaba botas y guerrera caqui de oficial. Era una mujer de grandes ojos castaños. Me impresionó su palidez, su extrema flacura, su abundante cabellera negra.

Tenía los labios amoratados cubiertos de llagas. Visiblemente aturdida, gesticulaba diciendo cosas extrañas. Creí que se trataba de otro espejismo, pero la mujer se acercó a uno de mis compañeros y suplicando en un idioma que supusimos sería el Quechua, le entregó un cuaderno sucio de sangre reciente. Era el diario de un tal “sub Teniente Tabora” que, hojeando rápidamente, decía: Nunca esperamos que los paraguayos planearan una ofensiva tan importante. Se oye un griterío atroz, los dientes castañetean y es imposible dominar el temblor de las piernas.

Presentimos la derrota antes de iniciarse la batalla, suenan bandas de música a lo lejos. Son las polcas épicas paraguayas “Campamento” y otras, que más los enardecen. Dos escuadrones progresan sin precaución alguna, marchando al trote. Con gritos de ¡Hurra! ¡Nos desafían! A los cuatrocientos metros inician el asalto: “Viva el Paraguay”.

“Es la primera vez que oímos su grito de guerra. Cuando llegan a los trescientos metros que tenemos marcados en el espartillar, doy la señal. Vomitan las pesadas, vibran las livianas, no cesa la fusilería. Hierve el caldero de la guerra”.

Vivamente impresionados por la presencia de la mujer y del diario, al mismo tiempo nos enterábamos de la reciente batalla librada en ese mismo terreno en el cual, tal vez, el oficial, autor del diario había muerto. Lo que nunca pudimos averiguar fue cómo había llegado a manos de la mujer ni qué era ella del sub. Tte. Tabora.

La chica repetía insistentemente “agua, agua”. Nosotros teníamos una caramañola de reserva, pero estábamos desorientados, éramos cuatro y no teníamos ningún deseo de compartirla con el enemigo; de pronto, la mujer vio nuestra caramañola y se abalanzó sobre el recipiente atacándonos con mordiscos, patadas, arañazos, y cuando al fin pudimos reducirla, le mojé los labios, dándole un pequeño sorbo de agua y, al tragarla, se desmayó.

No sabíamos qué hacer con ella. Era nuestra prisionera, se nos acababa el agua, y no teníamos ni idea del rumbo que llevábamos. No podíamos dejar ir a la mujer, podría delatarnos, podría ser una trampa del enemigo.

Sus compañeros, tal vez estarían muy cerca buscándola. Con sólo gritar nos pondría en serios problemas. Pero tampoco la queríamos abandonar en ese llano desolado donde no sobreviviría ni dos horas más. Resolvimos llevarla con nosotros. Volvimos al foso que habíamos cavado esperando que oscureciera para continuar hacia donde se originaban los rumores de voces.

Era la primera vez, en mucho tiempo, que veía una mujer y, a pesar de su aspecto lastimoso, no menos de sentir el fuerte impacto de su presencia. Había en ella cierto aire desvalido, cierto pudor que desconcertaba sometiéndome suavemente a su servicio. Poco a poco nuestro estado de ánimo iba cambiando. A mí se me entumecían las piernas, y el más charlatán de mis camaradas de golpe se había quedado mudo. La poderosa energía que nos impulsaba hacia nuestro objetivo se estaba debilitando. Había una especie de flojera, un malhumor creciente, injustificado. Cualquier disparate insignificante recibía un insulto desmesurado. Y sin darnos cuenta se había establecido entre nosotros un afán de competencia, el motivo no importaba.

La inesperada “visita” había traído consigo una tensión extra sobre nuestros nervios, además ella no sacaba la vista de la cantimplora y al menor descuido intentaba apoderarse del

líquido. Horas más tarde, unos morteros nos obligaron a reaccionar; asustada por los estampidos, la mujer comenzó a hablar en un perfecto castellano.

Eran cosas incoherentes, hablaba de un tal Guzmán, de algunos momentos de la batalla reciente, de paraguayos muertos a los que arrancaron galletas, cigarrillos, agua. Con espanto nos dimos cuenta de que estábamos en pleno territorio enemigo.

Jamás pude entender cómo fue posible que nos acercáramos tanto sin que nadie nos viera. Por suerte la noche nos cubrió, pero antes de que entrara el sol ya habíamos avistado un buen refugio, un enorme “samuhu” no estaba lejos y junto a él nos asilamos. Cerca de las raíces cavamos una cueva bastante amplia cuya abertura tapamos con ramas y espinas.

Pero estábamos demasiado cerca del campamento boliviano. Estábamos en el ojo del polvorín. Por el azar habíamos conseguido penetrar hasta las mismas barbas de Marzana, pero la misión había fracasado: por un lado, un grupo de cuatro hombres era insuficiente para cualquier maniobra y por otro lado, los pozos de agua ya no servirían para nadie. Estaban infestados de cadáveres.

En el aire flotaba una pestilencia maligna y nosotros no teníamos más que un resto de agua y algunos pedazos de cogollo de palma. Pero según la mujer que en su delirio no paraba de hablar, los bolivianos también estaban llegando al límite del sufrimiento. Desde hacía tiempo vivían de carne de mula y del escaso alimento que se les arrojaba desde el aire, y cuando acabaron las mulas, se resignaron a raspar huesos o a masticar cueros remojados.

Esa noche hubo un gran movimiento de tropas después del avión que pasó rasando el campamento. Al parecer habían estado esperando víveres, pero sólo cayeron mensajes con la orden de que siguieran resistiendo.

Pensé que tal vez, cuando se sosegaran las cosas, podríamos intentar escaparnos. El cielo estaba despejado, pero hasta las estrellas parecían nerviosas aquella noche fragante y terrible en compañía de nuestra inquietante enemiga que se valía de todas las artimañas femeninas para obtener el agua o escapar.

Contrariamente a mis esperanzas, sentía que la tensión aumentaba en el bando enemigo. Sentados en torno a las hogueras murmuraban algo que pronto fue subiendo de tono; estaban excitados, hablaban de nosotros, de los feroces combatientes de la llanura, de grandes masas de tropas paraguayas cuya presencia anticipaban las charlas de los soldados y el ruido de los camiones. El silencio extraño del monte multiplicaba los ojos del miedo y crecía la impaciencia, sólo interrumpido por los siniestros aullidos de los zorros del Chaco.

La noche era luminosa, sin embargo, todo anunciaba un aire de tragedia. La tragedia no se había producido todavía, pero estaba en el ambiente. Estaba en el brillo de los ojos de aquella joven enajenada, dulce, indefensa, demasiado amistosa. Ella era el más temible enemigo que yo enfrentaba en esa madriguera donde la tenía apretujada a mi cuerpo. Donde el aire viciado y caliente nos sumía en una especie de ansiedad insoportable. Cerca de la madrugada el rocío fue serenando los ánimos. Una hora después la mayoría de los soldados dormía sobre sus armas.

Yo no sentía que había vuelto entre nosotros aquella alianza compacta que nos movía como si estuviéramos conectados a una sola voluntad. Creíamos que era el momento y, siempre con la mujer entre nosotros y, siguiendo el rumbo del foso que habíamos cavado, salimos reptando con los codos, alejándonos de nuestra guarida, pero cuando estábamos por salir del monte, sentimos la fuerte sacudida de la tierra por el cañoneo incesante, por los gritos y maldiciones. La mujer temblaba a mi lado; de pronto intentó escapar, pero uno de mis hombres la detuvo a tiempo, protegiéndola con su cuerpo, a pesar de que ella se defendía como una leona para recuperar su libertad, la que hubiera sido muy fugaz a campo raso.

El infierno duró unas horas. Los morteros y la artillería martillaban sin cesar, mezclados a los gritos del Tte. Coronel Marzana que animaba a los combatientes bolivianos a cumplir con su deber, pero los hombres al límite del sufrimiento, locos de sed abandonaban las líneas sumidos en un delirio sin retorno. El agua era el elemento que controlaba la batalla. Pronto se apoderó de los sitiados una loca desesperación agravada por las voces de algunos soldados que gritaban en Quechua a sus compañeros para que se rindieran para tomar un poco de agua.

Fue entonces cuando de todas trincheras enemigas brotaron banderitas blancas y al rato vimos a nuestros compañeros que pasaban intrépidamente delante de los cañones, y nos unimos a ellos. Los bolivianos tenían ser pasados a bayonetazos, pero al darse cuenta de que los nuestros les ofrecían agua y lo poco que les quedaba de comida, salían alborozados a estrecharnos las manos.

El Tte. Coronel Gaudioso Núñez exclamaba a su paso: “Oficiales y soldados del Paraguay, saludemos las lágrimas de estos valientes. Los guerreros también lloran”. Todos nos cuadramos con los ojos empañados: Los bolivianos que salían de sus trincheras nos dejaban mudos de asombro. Eran meros esqueletos harapientos y enfermos.

La última vez que vimos a nuestra prisionera estaba de espaldas abrazada a sus compañeras de la Cruz Roja, con mi cantimplora en la mano.

El Tte. Coronel Marzana y sus hombres fueron el primer contingente de prisioneros desembarcados del “Humaitá” en Asunción, donde una hostil muchedumbre los observaba en silencio,

El argumento se llama también “intriga” pues en él ofrecen los sucesos, un orden artificial, artístico, transformado por el escritor para sus fines.

Si reacomodamos esos mismos sucesos de acuerdo a un orden lógico y cronológico ideal estamos ante la fábula.





Augusto Casola
(1944)

Nació en Asunción. Es miembro de PEN Club del Paraguay desde 1973. Ocupó los cargos de secretario General y Presidente. Es además miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay.

Actuó de Jurado en varios concursos literarios.

Tiene algunos cuentos premiados como *El Padre del Luisón* (Instituto Nacional del Libro Español, INLE, 1972)

Todas las mujeres, Elvira (Mención Cooperativa Universitaria, 1986), *La Princesa* (Primer Premio Cooperativa Universitaria, 1992) *El muerto* (1ª Mención 4º Concurso del Club Centenario, 1994)

Obras publicadas

El Laberinto (novela, 1972). 1er premio, Concurso PEN Club del Paraguay y Cámara Paraguaya del Libro).

27 Silencios (poesía, 1975).

pero al ver los cientos de espectros barbudos, rengueando, con las camisas hechas jirones... la actitud del público se transformó de inmediato. El rictus amargo del rencor desapareció de todos los rostros, para dar paso al asombro y luego a la piedad. Un conmovido silencio fue el mejor tributo; de pronto, un grupo de vendedores ambulantes rompió filas ofreciendo espontáneamente a los cautivos, chipas, naranjas, cigarros.

Una vez más resplandecía la nobleza del pueblo paraguayo.

Camino hacia la lectura

Recordamos la fecha de la batalla de Boquerón. ¿Por qué es feriado nacional?

¿Por qué se la considera como la batalla más importante de la Guerra del Chaco?



ANÁLISIS Y COMENTARIO

Nos dividimos en grupo, leemos el texto y comentamos el contenido. Nos detenemos en el análisis de los siguientes elementos:

1- El Contexto: Los hechos suceden durante la Guerra del Chaco, el lugar es el campamento de Isla-Poi y el camino de Yucra, rumbo a Boquerón. Los soldados tenían la misión de apoderarse de los pozos de agua que estaban en poder de los enemigos.

«El infierno de la guerra, los morteros y la artillería entraban en acción mezclados a los gritos de los combatientes bolivianos y paraguayos. La desesperación en las trincheras. Los soldados enemigos gritaban en quechua y los nuestros en guaraní. Los soldados de ambos bandos estaban locos de sed, el agua era el elemento que controlaba la batalla».

2- Los personajes históricos: El relator, un combatiente, soldado paraguayo; una mujer oficiala del ejército boliviano. El comandante Estigarribia y el coronel Gaudioso Núñez son nombrados por el protagonista, a más del general boliviano Marzana, derrotado en Boquerón.

3- Reflexionamos sobre las acciones:

- . La llegada del Comandante Estigarribia.
- . La misión del regimiento. La búsqueda del agua.
- . La comunicación entre los grupos.
- . El encuentro con la mujer boliviana hecha prisionera.
- . La descripción de cómo iniciaban el combate los soldados compatriotas.
- . La tensión provocada por la presencia femenina en el campo de batalla.
- . La noche del combate.
- . La rendición del enemigo.
- . La llegada de los prisioneros a Asunción.

4- Discutimos sobre el sentido de la expresión con que termina el relato.

5- Exponemos nuestras ideas ante el curso.

6- Argumentamos oralmente

Por qué pelearon los paraguayos.

La guerra, sus consecuencias, los estragos causados por la guerra.

Los beneficios de la paz.

7- Escribimos sobre uno de estos temas:

- Un resumen del argumento.
- Una descripción del clima psicológico que reina en el cuento.
- Un comentario sobre la sed, la falta de agua durante la guerra con Bolivia

8- Escribimos un texto argumentativo sobre los beneficios de la paz.

9. Presentamos nuestros trabajos para su evaluación.

RECUERDA: Para una argumentación eficaz se tendrán en cuenta algunos puntos: La argumentación sirve para sostener las ideas con fundamentaciones valederas, lógicas o para atacar puntos de vista, ideas de otros con oposiciones razonables que puedan refutar los juicios expuestas por los oponentes. El lenguaje empleado debe ser objetivo, directo, claro, preciso, que sirva para aclarar y no para enredar los conceptos.

Estampas de la Guerra del 70

EL VIENTO DE LA CORDILLERA

de Augusto Casola, paraguayo



Cuando sopla el viento norte bajando por la falda de la cordillera del Amambay, su aliento denso y bochornoso, en cualquier otro sitio de la geografía del país se hace frío y picante de un modo especial.

Al sentirlo, la primera vez, uno queda desconcertado y se pregunta si será alisio o acaso del sur, aunque más bien se podría presumir que viene del oeste para rendirse a la evidencia final de que no puede ser sino viento norte, pues conserva la alienante tozudez de su temperamento, apenas disfrazada con el hálito helado que le roba a la cordillera al rozarla, y lo conserva por algún tiempo, en su camino hacia el sur.

Bernardita se envolvió más estrechamente en el rebozo que le protegía los hombros y la espalda y miró hacia donde Ysoindy había encendido la fogata para pasar la noche.

La india daba de mamar al niño, rubio y brillante al resplandor de las llamas cuyas lenguas crepitaban en lucha contra la cada vez más nutrida oscuridad de la selva.

Bernardita le sonrió por hábito sin esperar respuesta, al encontrarse sus miradas, porque jamás se alteraban los rasgos hieráticos de la india.

Antonio jugaba, curioseando por los alrededores, pero sin internarse en la noche que, como siempre, se abatió de golpe, transformando la selva y el paisaje serrano en una mole compacta y dura, embriagada de ruidos equívocos y susurros extraños que se repetían en un monótono ir y venir en la enmarañada vegetación circundante.

En un extremo de la claridad creada por la hoguera, la carreta en que viajaban parecía dormir junto al buey que la tiraba desde el comienzo de esa fuga infinita.

Ysoindy se unió a Bernardita y a su hijo Antonio unas dos semanas atrás y, juntos siguieron adelante, profanando la selva sin senderos, sumidos en la desamparada soledad del miedo.

Hablaban poco, lo indispensable para comunicarse. El resto del tiempo cada uno se mantenía en su isla rodeada del océano propio de brumas y recuerdos, o de olvido; lo que les confería un aspecto patético de monigotes de mirada atónita.

Los últimos seres vivos que vieron eran los hombres de una columna que se movía hacia el sur. De sus cuerpos, sucios y desnutridos, colgaban correosos tendones de tela que alguna vez lucieron como orgullosos uniformes de soldado. En sus ojos hundidos brillaba el destello inmanifiesto del terror.

Cuando ya casi terminaron de pasar frente al escondrijo que eligieron las mujeres, por temor a sufrir el arrebatado desquiciado que el guerrero suele tener hacia la hembra, Bernardita tomó ánimos y corrió para alcanzar a los fantasmas, que posaron sus miradas sobre ella, como si fuera un complemento del paisaje agobiado del sol.

Corrió sosteniendo con las manos la falda deflecada de su vestido y al alcanzar al último de la columna y sacudirlo en demanda de información, sólo obtuvo por respuesta una mirada turbia, henchida de indecible desconsuelo.

Bernardita sintió en la nuca los ojos fijos y sin expresión de Ysoindy, con su niño blanco colgado a la espalda en el cesto indio del cual nunca se desprendía y los ojos muy abiertos y asombrados de su hijo, queriendo saber más de ese extraño mundo.

Pero el único contacto con la realidad eran esos esqueletos harapientos y olvidados, era la breve polvareda roja levantada por sus pies descalzos al arrastrarlos sobre la arena del surco que abrían al caminar.

El niño alcanzó a la india un trozo de carne que Ysoindy atravesó con la estaca de tacuara que hacía de asador y la clavó en el suelo, cerca del fuego.

Acomodó al niño rubio a unos metros de la fogata, hasta donde le alcanzaba el calor sin peligro de la salpicadura de las pavesas encendidas que cada tanto esparcía el viento.

Tiene olor a india, pensó Antonio la primera vez que olfateó en Ysoindy ese olor rancio que despedía la mujer, mezcla de humo de raja y catinga, adherido a su ropa como parte de su personalidad, a india puerca, se dijo para enseguida sentirse avergonzado.

Para Antonio, la huida incesante era una aventura y sólo el cansancio lo abatía al final de cada jornada.

Aun la tristeza de los pueblos arrasados y los cadáveres, que en ocasiones se mostraban con una insolencia obscena a su madre y a él (ella apartaba la vista y era agitada por arcadas a causa del olor putrefacto que emitían los cuerpos de hombres y animales), eran motivo de nuevas emociones y despertaban en él una curiosidad atenta y concentrada ajena de temor o de repugnancia. Observaba todo con ojos cándidos, absortos, maliciosos, sin detenerse a considerar las sensaciones que le sacudían. Estaba allí como espectador involuntario del universo caótico en que se

La catedral sumergida (cuentos, 1984)

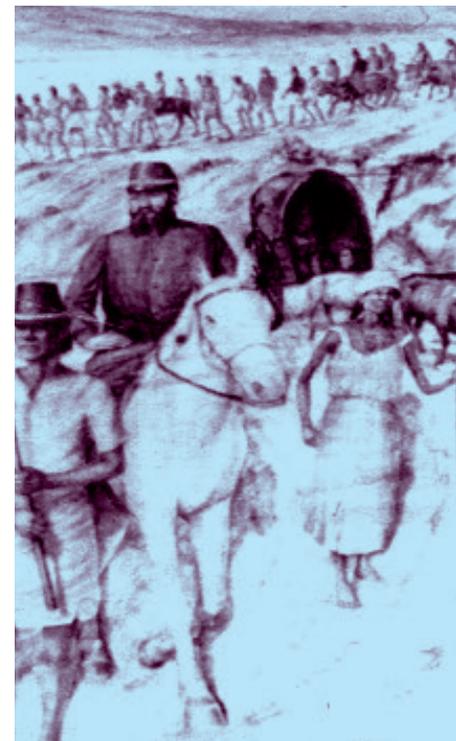
Tierra de nadie – Ninguen (novela, 2000)

Segundo Horror (novela, 2001). Primer premio "Roque Gaona, 2001".

Tiempo (poesía, 2002).

Las obras de Augusto Casola aparecieron en diversas antologías como en los libros de Teresa Méndez Faith: **Poesía Paraguaya de ayer y de hoy** y **Narrativa Paraguaya de ayer y de hoy** (1999).

Narrativa Paraguaya de Guido Rodríguez Alcalá y María Elena Villagra (1992). Cuentos. Cooperativa Universitaria, 1986. Naciones Hispanoamericanas de tradición oral. INL. E, España, 1972



transformó la anterior placidez de su infancia y cuya memoria se hundía, de a poco, en la intrincada nebulosa de un sueño del pasado que presentía como algo que una vez fue realidad, en especial cuando su madre le hablaba de cosas que él o desconocía o ya había olvidado.

El mundo de Antonio estaba formado por esa carreta de ejes chirriantes, la cantimplora, la ropa sucia, el toldo de harapos, los pocos animales que podían cazar con la hondita, las trampas que preparaba su madre cada noche, las frutas silvestres que muchas veces constituían todo su alimento durante días, el niño rubio, casi transparente de tan blanco que era e Ysoindy.

Pero el hambre se aplacaba y la miseria, a su edad, es una compañía apenas molesta.

A ella sí, a su madre la notaba extraña desde que salieron de su casa para internarse en la encrucijada de matorrales y bosques misteriosos donde eran torturados por los mosquitos, el miedo y la desesperación.

Antonio observaba el cielo claro o nublado, el amplio campo, los arroyos que de pronto cruzaban el camino sonando a fresco y a risas. Se metía en el agua que le acariciaba el cuerpo limpiándole con ingenua voluptuosidad de la polvareda y haciéndole sentir que esa situación hasta era preferible a la vida anterior, ordenada y discreta en la casa solariega.

Pero él también tuvo miedo una vez, aunque sólo más tarde comprendió que esa emoción que le embargó era de miedo.

Fue cuando vio al hombre, cuando la india lo mató atravesándole la barriga con una tacuara de punta aguda, cuando vio la cara que puso el hombre y al escuchar su grito (grito de terror animal) y comprender que el hombre moriría pero que aún estaba vivo y se daba cuenta de que pronto iba a morir sin poder sacar el palo que tenía metido en el cuerpo y al que se enroscaron, como culebras, unos hilillos de sangre salpicados de pequeños trozos de carne que le salían de adentro.

Entonces tuvo miedo, tanto miedo que se le apretó el estómago mirando el cuerpo caído en el suelo y que seguía retorciéndose sin hacer ruido hasta que por último quedó inmóvil y con los ojos abiertos, como de los cientos de muertos del camino.

Sólo que esos eran muertos muertos y éste un hombre vivo que, ante sus ojos, pasó a ser un muerto.

La columna seguía avanzando, ajena a la mujer que les forzaba a volver el rostro hacia el suyo sin conseguir sacar respuestas de esas bocas herméticas, algunas selladas con la barba espesa de muchos días, otras, con la pelusilla incipiente de la pubertad.

Casi al alcanzar la cabecera de la fila, uno de los hombres pareció notar su presencia y tras un enorme esfuerzo de concentración para buscar la olvidada articulación de las palabras, dijo:

López se murió. Ya no hay ni la patria ni nada. Ya no hay nada, y siguió como si nunca hubiera existido esa mujer de la vera del camino que osó asomarse al portal de las sombras, de los vencidos, de los muertos.

La ciudad se convirtió en un recuerdo pastoso, un sueño reiterativo que afloraba a la memoria de Bernardita como esos cohetes que se encienden y escapan de las girándulas de feria. Fuegos de artificio que existieron en ese mundo de fiestas y alegrías, de bailes distinguidos para las más distinguidas señoritas que los frecuentaban. Salones espaciosos y brillantes de donde nunca hubiera creído ser apartada con el brusco empellón que la echó a rodar por la pendientes de ese abismo sin destino.

Como todas las tardes, el calor cedió paso a los mosquitos y a la leve brisa que trasladaba de un lado a otro el espeso y abotagante eructo de la siesta.

Ysoindy se sentó como al descuido en la dura silla de madera y la recostó contra la pared del rancho. Encendió uno de los cigarros poguezú que ella misma preparaba, levantó la falda sobre las pantorrillas y se mantuvo inmóvil, mirando hacia donde

la noche ya se hizo espesa y silenciosa de una manera especial, saturada de trinos de pájaros y chillidos de monos y el silencio quebrado cada tanto por el gran silencio que se adueñaba de todo e imponía su poder.

La última casa del pueblo quedaba separada de la de Ysoindy por un gallinero donde las gallinas que había, prestaban escaso servicio al gallo envejecido que mucho más se hubiera convertido en comida si no fuera por la falta de otro más joven en el corral de las aves.

Como todas las noches, tras haber acostado al niño en la rústica hamaca, protegida contra los mosquitos y otros bichos con una tela sucia y liviana, se acercó a la hornalla donde cocinaba y donde aún sobaban algunos carbones encendidos a los que sopló para reavivarlos, primero con la boca y después con un manojito de yuyos resecos atados a modo de pantalla hasta que el fuego despertó en brasas sin llama.

Entonces Ysoindy arrojó sobre ellas unas ramas y hojas que al quemarse inundaron el aire del rancho con un aroma fresco y dulzón.

Miró hacia el fondo donde dormía el niño y sintió como le cruzaba por el pecho un cosquilleo íntimo que casi le inclinaba a la sonrisa. Echó hacia atrás el pelo enmarañado y grasiento y se sentó sobre el piso de tierra apisonada, sostenida por medios troncos de palma tomados entre sí por gruesos alambres oxidados por tiempo y que servían de zócalo.

Las sombras reflejadas en las paredes del interior le integraron a la placidez de la noche y ella misma se sintió poseída de una tranquila quietud originada en la fresca brisa que comenzó a soplar.

Separó los muslos, como era su costumbre al estar sentada casi en cuclillas y dejó a su mente sumergirse en la oscuridad, flotando en el apacible temblor de sonidos lejanos, cortado a veces, por un inesperado gemido proveniente, pensaba ella, de las almas irredentas tan abundantes en la selva.

Esperaba la llegada del primer hombre. Conocía a todos los del pueblo y no tardarían en venir.

-¡Asunción! -suspiró Bernardita-¡Asunción!

La palabra retumbó en la caverna de su memoria y cerró los ojos para retroceder kilómetros de amargura y sufrimientos. Cruzó sin cuidarse de los matorrales espesos que le chicoteaban el cuerpo, saltó sobre los cadáveres tendidos al azar en posturas grotescas, corrió sin detenerse a escuchar el lamento de los moribundos que clamaban por agua o la piedad de una muerte menos esquiva a la que veían acercarse, oculta en el lento chorrear de sus tripas saltadas por la bayoneta o la metralla.

Voló impávida sobre campos envueltos en olor a pólvora y saturados del griterío estentóreo de los combatientes que mataban y morían alternándose en los avatares de ese juego despiadado.

Apartó los ojos para no ver la mirada de desamparo de mujeres y niños que marchaban en hileras ondulantes sin saber a dónde dirigirse, y, borrando con un rápido cabeceo cinco años de devastación, se encoró de nuevo sentada en el amplio corredor de su casa, en su sillón de mimbre, contemplando al agitado jugar de las hojas de los crotos de las planteras patonas del corredor.

De la galería se llegaba al patio de los rosales bajando cinco amplios escalones de mármol integrados al paseo de piedra loza bordeado de brillantes rosas que conferían un aire alegre y señorial al amplio patio de la casa quinta donde residía la familia.

De adentro de la casa llegaban los sonidos casuales de la tarde, producidos por el trajinar de las criadas preparando la mesa para la merienda. Su marido estaría en el escritorio, como acostumbraba a encerrarse los últimos meses, conversando con dos o tres señores acerca de la situación política y de las rela-

ciones del país con sus vecinos que se mostraban, hasta donde ella alcanzaba a comprender, cada vez más amenazantes por la intransigencia de sus posiciones.

Cosas de hombres - pensó Bernardita y sonrió al ver a su hijo de ocho años acercarse sudoroso, saliendo de uno de los extremos del patio, del lado del mangal - Ya tendríamos que preocuparnos más de la educación de Antonio -dijo para sí- que de lo que piense hacer el Gobierno con los porteños.

El niño gimió en sueños. Ysoindy, que estaba en cuclillas frente al fuego, se levantó y fue hasta donde había estado la criatura.

Después de la lluvia, que no cesó en cuatro días, el ánimo de Bernardita pasó de la resignación (que decidiera adoptar como nota de conducta desde que subieron a la carreta en busca de un horizonte desconocido, lejano y sin esperanzas), a la más furibunda ira, cuya conclusión fue el estremecimiento de su garganta retumbando en el bosque, a la vez que se arrojaba de bruces sobre el barro rojo del suelo, hundiendo el rostro en esa tierra cruel de la cual levantaba rítmicamente las facciones desencajadas para elevar los ojos al cielo encapotado y hostil, que no era el de su infancia risueña ni el de su adolescencia feliz que albergaba a un Dios cariñoso y gentil.

Todo sucedió de un solo golpe cuando se encontró subordinada a la carreta. Con el niño semidormido que miraba sin comprender y asustado de ese ir y venir en la casa, dentro de cuyas habitaciones trajinaban sombras inquietas y escurridizas que sostenían en sus manos candelabros, cirios y lámparas, yendo de un lado a otro, hablando lo imprescindible, con el sigilo-lo supo Antonio-propio de espíritus del purgatorio.

El cielo continuaba gris y de las hojas de los árboles caían gotas que tras resbalar sobre ellas acababan saltando a los charcos del suelo para perderse en breves ondulaciones. Un coro de ranas se mofó del grito agónico que un instante cortó la atmósfera mágica al desgarrarse el velo que cubría la desaparición de la mujer.

- El mundo de las ranas - pensó y quiso echarse a reír, pero se contuvo.

Atrajo hacia sí al niño, que no opuso resistencia. - Pronto va a dejar de llover -le dijo y se abrazó a él.

La hilera se perdió a los lejos.

Ya no tenía sentido buscar en el pasado la razón o la locura que movió a un hombre a arrojar al holocausto a todo un pueblo. Ya vendrían generaciones a ensalzar o denigrar su nombre. Ya vendrían eruditos historiadores y advenedizos aventureros a justificar sus crímenes o a avergonzar su heroísmo, su muerte honrosa, su caída grotesca, su valor imbatible, su cobarde huida, su cuerpo atravesado por una estaca, el último cadáver que exigía la vergüenza: el cadáver del héroe, del megalómano, del mártir, del monstruo.

El llanto de la india sonó como el crujido del alma al separarse del cuerpo camino a la eternidad. Sonó áspero y sin lágrimas igual a de un animal herido que sucumbe sobre el polvo infame del camino sin prorrumpir el grito que la atraviesa las entrañas con el dolor inenarrable de su impotencia.

Volvió la vista.

El rancho que le servía de hogar y burdel era un mar de fuego y escombros. Fue tan rápido todo, que ni tuvo tiempo de rescatar a su hijo.

El pueblo se convirtió en un infierno cruzado de lado a lado por el aullido lastimero de hombres, mujeres y niños que corrían por las calles sin saber qué hacer.

La placidez de la madrugada se estremeció con el golpear de cascos contra el suelo duro y agrietado por la sequía. De pronto todo fue confusión y muerte. La mesnada arrasó el poblado sin bajar de sus monturas. Le bastó arrojar sobre los techos de paja las antorchas encendidas que traían en las manos. El resto fue sencillo: a quienes salían a la calle los ensartaban con sus lanzas si estaban cerca o los bajaban de un disparo, en caso contrario, riendo sin

cesar y tratando de apoderarse de las mujeres que huían sin poder defenderse. Tres o cuatro de ellas fueron izadas a los caballos y desaparecieron, forcejeando por librarse de sus captores que volvieron sobre sus pasos, confundidos en la indecisa claridad del amanecer.

Al caer la tarde quedaban ruinas humeantes y cenizas, trozos de madera quemada y algunos muertos sin enterrar. Los gritos alucinados del día se acallaron hasta convertirse en el casi inaudible susurro de la desesperación. Los vivos se encargaron de enterrar a los muertos y de levantar precarias casuchas utilizando palos, trapos, ropas y lo poco de paja que se salvó del fuego.

Ysoindy salió de su modorra obtusa al escuchar a su lado el llanto de un niño blanco, casi albino, envuelto en un lío de trapos de donde salía el chillido exigente. Sintió que le dolían los pechos de tanta leche que se había acumulado en ellos. Alzó al niño y le acercó a las tetas rebosantes de las que se prendió la pequeña boca con un hambre goloso y voraz.

La india supo que ya no tenía lugar en ese sitio. Cargó a sus espaldas al niño, dormido luego de mamar, y se internó en la selva antes que la noche volviera a posesionarse del mundo.

La noche iba a caer pronto y el viento norte, frío y sibilante empezaba a descender de la cordillera trayendo el rumor de extraños presagios recogidos a lo largo y lo ancho de su falda.

De improviso, el sol casi hundido en el horizonte, se abrió paso entre las nubes y, al herirlas, las hizo sucumbir en silenciosa explosión de matices cambiantes de rojo y violeta cuyas tonalidades intensas se diluían aguadas al acercarse a los árboles que bordeaban el dosel todavía plomizo del cielo.

Bernardita buscó un lugar protegido para encender el fuego, lo que requirió de ella no poco esfuerzo pues casi todo a su alrededor estaba empapado del agua de tantos días.

Hurgó en la carreta donde encontró algunos tablones secos a los que con ayuda de Antonio transformó en leña.

Bernardita se aprestaba a dormir, el niño ya lo hacía, cuando le pareció escuchar el chasquido de una rama al quebrarse. Se sentó sobre la manta que había extendido en el suelo y trató de distinguir algo más entre el cri-cri de los grillos, el desafinado concierto de las ranas y el susurro de la hojarasca al acariciarse con el paso del viento. Se volvió a acostar.

Sólo entonces percibió espantada la respiración espesa que acompañaba al cuerpo que se le derrumbó encima. Una mano le cubrió la boca y otra, deslizándose desde sus rodillas hacia arriba, entre los muslos, trató de levantarle la falda. Era una mano áspera, callosa y fuerte que la obligó a separar las piernas.

Bernardita hizo un esfuerzo y empujó al hombre apartando de sí ese cuerpo sudado y resbaladizo que la oprimía contra el suelo. Al sentir la boca libre, la mujer lanzó un alarido de asco y furor y pudo ver al trasluz del fuego que el asaltante se desprendía el pantalón bajo el cual estaba desnudo.

Volvió a arrojarse sobre Bernardita. La golpeó en el rostro tumbándola en posición supina, seminconsciente. De un violento tirón le desgarró la ropa interior y sin prisa, consciente de la superioridad alcanzada, se arrodilló entre las piernas de la mujer que, al intentar una nueva resistencia, recibió en la nariz otro violento golpe que la tumbó ensangrentada.

Sin comprender lo que ocurría, oyó el crujido de ramas al quebrarse en agil sucesión y una sombra, precedido de olor penetrante animal selvático, saltó al centro de la semipenumbra del fuego.

Bernardita recibió en el pecho el vómito de sangre caliente que escapó de la boca de su agresor. Lo oyó boquear y vio que se levantaba tambaleante. Giró sobre sí con los ojos desorbitados y la boca desmesuradamente abierta dando paso al alarido de muerte que se le apretaba en el pecho, antes de caer, retorciéndose de dolor a los pies de la mujer que lo atravesó de lado a lado con una gruesa estaca de tacuara transformada en lanza.

Bernardita se cubrió lo mejor que pudo e intentó levantarse pero ya la mujer estaba a su lado humedeciéndole el rostro magullado con un trapo húmedo. Observó que era india y llevaba colgado en un cesto, a la espalda, a una criatura rubia, casi transparente, que mantenía los ojos rojos mirando a su alrededor con curiosidad.

Antonio se acercó a su madre llorando con desconsuelo y ella lo abrazó. Quiso estrechar también a su salvadora pero ésta se apartó con brusquedad.

Yo soy Ysoindy, india puta. Me puede llevar por tu carreta si queré.

Al amanecer, el sol alumbró la vastedad infinita de matices verdes de la vegetación, cruzada por franjas de tierra roja que, aquí y allá, contrastaban con el espeso resplandor del follaje y el colorido aletear de mariposas.

Desde el fondo del paisaje, la cordillera emitía su aliento frío que, bajando hacia las profundidades de la selva, iba a chocar contra el grupo que descendía una cuesta hacia el valle. La carreta semejaba un raro animal flechado y chirriante en busca de su que-
rencia.

En el interior, sus huéspedes mantenían un silencio obstinado y sin regocijo al descubrir que otro día estaba comenzando. Y no les prometía nada, era igual a los superados y a los por venir, como si un titiritero abriera y cerrara el telón del escenario donde los monigotes representaban siempre la misma farsa: huir, caminar, ir sin objeto de la noche al día y otra vez a la noche, afanados sólo en aplacar el hambre y la sed, logrando olvidar el miedo sólo cuando el sueño cernía sobre ellos su manto de piedad.

Bernardita se abrigó mejor con el rebozo que la protegía y miró hacia Antonio que echó a correr pendiente abajo siguiendo el sinuoso trazado de huellas marcadas profundamente en la tierra, como si por ese mismo sendero hubieran pasado recientemente otras carretas.

A lo mejor llega a algún lado, pensó Bernardita y el

olvidado gesto de una sonrisa asomó a sus labios.

El niño saltaba de una a otra huella, gritando con alegría.

Ysoindy conducía el buey, a pie, haciendo que la carreta avanzara con quejumbrosa lentitud. A lo lejos, de entre las ramas de los árboles ocultas por la densa hojarasca, llegaba hasta ellos el continuo trinar de las aves y algunos estridentes silbidos de cigarra que rompían con sobresalto la pesada transparencia del silencio de alrededor.

Bernardita miró a la india, que colgaba de su espalda al niño rubio y la bolsa con sus pertenencias sujeta a la frente con un corraje lo que le permitía mantener las manos libres, en una de las cuales sostenía la lanza que ahora hacía de cayado.

Habían hablado muy poco desde que comenzaron a viajar juntas, sólo lo imprescindible, pero Bernardita sentía que entre ellas iba creciendo un afecto mudo brotando de las circunstancias y el dolor que, seguramente, también latía detrás de esos ojos impávidos, haciéndole sangrar heridas a las que jamás la india permitiría abrirse paso al exterior.

El viento de la cordillera se anunciaba intenso y bochornoso agrediendo con ese silbido frío y punzante con que mimetiza su execrable condición de viento norte.

Ana Inés prestó poca atención a la última fotografía, muy desteñida, del viejo álbum. La conocía. Representaba a una pareja y debajo tenía una inscripción hecha a tinta que se podía leer todavía forzando un poco la vista: Carlos y Bernardita, 1868.

Afuera hacía calor y el viento norte levantaba tirabuzones de arena y ramitas secas. Sobre las cumbres más altas de la cordillera corrían algunas nubes, espesas, amenazando lluvia.

Volvió a mirar la vieja foto, considerando su parecido con la mujer que la observaba desde la cartulina. Los parientes le solían hacer bromas diciendo que en ella se había reencarnado la tatarabuela residente.

Sonrió consigo misma y cerró el álbum.

Camino hacia la lectura

1. ¿Qué ideas nos inducen el epígrafe siguiente?

Todas las guerras son crueles, pero la Guerra contra la Triple Alianza no tiene parangón en la historia.

2. Relatamos una anécdota sobre la Guerra del 70?

3. Opinamos sobre los relatos narrados en cuanto al sacrificio de los personajes.

4. Evaluamos en forma grupal la actividad.

ANÁLISIS Y COMENTARIO



Expresión oral

1. Determinamos la ubicación temporal o marco histórico:

- Época en que suceden las acciones narradas.

- Relacionamos los acontecimientos históricos: gobierno, gobernante y el pueblo paraguayo.

2. Ubicación espacial

Leemos de nuevo el texto para localizar los párrafos que determinan los escenarios geográficos donde se desarrollan los acontecimientos y transcribimos en una línea la referencia sobre cada lugar.

3. Comentamos el encuentro de Bernardita y Antonio con la india Ysoindy. Inventamos un diálogo entre Bernardita y Antonio con la india Ysoindy.

4. Caracterizamos a los personajes femeninos Bernardita e Ysoindy según los datos que proporciona el texto.

• Expresamos nuestras ideas por comparación o contraste en una exposición de causa-efecto.

• Proponemos el siguiente esquema, aunque son libres de aceptarlo o rechazarlo y elegir libremente el esquema de trabajo que les convenga.

Estructura del comentario

- Exposición de los puntos de vista del equipo
- Ideas principales que desean expresar
- Expresiones que sustentan las ideas
- Tono, carácter o tendencia del texto
- Comentarios y conclusiones finales

5. Comentamos oralmente el contexto histórico teniendo en cuenta:

- La situación del Paraguay durante la guerra.
- La huida de los habitantes de Asunción.
- La situación después de la muerte de López.

Expresión escrita

6. Escogemos tres actos violentos ocurridos en el cuento y argumentamos justificando el calificativo.

7. Escribimos un comentario de diez líneas, explicando las causas de la miseria en que se halla Bernardita después de una vida opulenta.

8. Trabajamos en grupo en un proyecto multidisciplinario que incluye a nuestros profesores de Ciencias Sociales sobre el tema. El Final de la guerra contra la Triple Alianza y el estado en que quedaron los pueblos, los hombres, las mujeres y los niños.

Sugerimos algunas estrategias:

a) Buscar información en libros de Historia del Paraguay sobre la guerra del 70.

b) Entrevistar a uno o dos profesores sobre las consecuencias de la guerra del 70.

c) Entrevistar a otros profesores sobre el tema «los beneficios de la paz»; y el estado en que ha quedado el pueblo paraguayo al final de la guerra contra la Triple Alianza.

Indicadores de evaluación

1. Se ajusta al tema.
2. Originalidad de la presentación.
3. Calidad de las imágenes seleccionadas.
4. Estructura coherente.

FOTONOVELA

Consiste en narrar por medio de imágenes.

Sirve para recrear un relato compaginando fotografías sacadas de revistas, periódicos, afiches, etc.

Diagrama

Texto | Imagen | Diálogo

e) Elaborar el proyecto.

f) Fijar las pautas de evaluación con cada profesor y consignarlas.

g) Presentar el proyecto y evaluarlo con el grupo.

9. Convertimos el cuento en un fotorelato

Sugerencias: relato por medio de fotos.

LA CASA DE LOS ESPÍRITUS

de Isabel Allende, chilena



Rosa, la Bella

Barrabás llegó a la familia por vía marítima, anotó la niña Clara con su delicada caligrafía. Ya entonces tenía el hábito de escribir las cosas importantes y más tarde, cuando se quedó muda, escribía también las trivialidades, sin sospechar que cincuenta años después, sus cuadernos me servirían para rescatar la memoria del pasado y para sobrevivir a mi propio espanto. El día que llegó Barrabás era Jueves Santo. Venía en una jaula indigna, cubierto de sus propios excrementos y orines, con una mirada extraviada de preso miserable e indefenso, pero ya se adivinaba -por el porte real de su cabeza y el tamaño de su esqueleto- el gigante legendario que llegó a ser. Aquél era un día aburrido y otoñal, que en nada presagiaba los acontecimientos que la niña escribió para que fueran recordados y que ocurrieron durante la misa de doce, en la parroquia de San Sebastián, a la cual asistió con toda su familia. En señal de duelo, los santos estaban tapados con trapos morados, que las beatas desempolvaban anualmente del ropero de la sacristía, y bajo las sábanas de luto la corte celestial parecía un amasijo de muebles esperando la mudanza, sin que las velas, el incienso o los gemidos del órgano, pudieran contrarrestar ese lamentable efecto. Se erguían amenazantes bultos oscuros en el lugar de los santos de cuerpo entero, con sus rostros idénticos de expresión constipada, sus elaboradas pelucas de cabello de muerto, sus rubies, sus perlas, sus esmeraldas de vidrio pintado y sus vestuarios de nobles florentinos. El único favorecido con el luto era el patrono de la iglesia, San Sebastián, porque en Semana Santa le ahorra a los fieles el espectáculo de su cuerpo torcido en una postura indecente, atravesado por media docena de flechas, chorreando sangre y lágrimas, como un homosexual suficiente, cuyas llagas, milagrosamente frescas gracias al pincel

del padre Restrepo, hacían estremecer de asco a Clara.

Era ésa una larga semana de penitencia y de ayuno, no se jugaba baraja, no se tocaba música que incitara a la lujuria o al olvido, y se observaba, dentro de lo posible, la mayor tristeza y castidad, a pesar de que justamente en esos días, el agujonazo del demonio tentaba con mayor insistencia la débil carne católica. El ayuno consistía en suaves pasteles de hojaldre, sabrosos guisos de verdura, esponjosas tortillas y grandes quesos traídos del campo, con los que las familias recordaban la Pasión del Señor, cuidándose de no probar ni el más pequeño trozo de carne o de pescado, bajo pena de excomunión, como insistía el padre Restrepo. Nadie se habría atrevido a desobedecerle. El sacerdote estaba provisto de un largo dedo incriminador para apuntar a los pecadores en público y una lengua entrenada para alborotar los sentimientos.

¡Tú, ladrón que has robado el dinero del culto! -gritaba desde el púlpito señalando a un caballero que fingía afanarse en una pelusa de su solapa para no darle la cara. ¡Tú, desvergonzada que te prostituyes en los muelles! -y acusaba a doña Ester Trueba, inválida debido a la artritis y beata de la Virgen del Carmen, que abría los ojos sorprendida, sin saber el significado de aquella palabra ni adónde quedaban los muelles-. ¡Arrepentíos, pecadores, inmunda carroña, indignos del sacrificio de Nuestro Señor! ¡Ayunad! ¡Haced penitencia!

Llevado por el entusiasmo de su celo vocacional, el sacerdote debía contenerse para no entrar en abierta desobediencia con las instrucciones de sus superiores eclesiásticos, sacudidos por vientos de modernismo, que se oponían al cilicio y a al flagelación. El era partidario de vencer las debilidades del alma con una buena azotaina de la carne. Era famoso por su oratoria desenfadada. Lo seguían



**Isabel Allende
(1942)**

Isabel Allende, nacida en Chile. Periodista de profesión, tuvo durante 15 años una columna humorística en su país, más tarde en Venezuela, donde residió después del golpe militar de Chile en 1973. Hizo televisión, escribió crónicas periodísticas que abarcaron diversidad de temas, obras de texto y cuentos infantiles. Hoy en día, según los comentaristas de editoriales, es sin duda la novelista latinoamericana más leída en el mundo.

“En la zona donde los límites de la realidad ceden flexiblemente ante la invasión de una causalidad distinta, que tiene el vértigo de una fantasía dirigida, Isabel Allende cuenta con sencillez una historia de amor. Una historia que contiene muchas historias, algunas de delicadeza tan frágil y decisiva que parecen requerir un repertorio de imágenes a su medida, como si sobre el laberinto tórrido de la selva americana se imprimiese la belleza helada de un paisaje, de Brueghel.

sus fieles de parroquia en parroquia, sudaban oyéndolo describir los tormentos de los pecadores en el infierno, las carnes desgarradas por ingeniosas máquinas de tortura, los fuegos eternos, los garfios que traspasaban los miembros viriles, los asquerosos reptiles que se introducían por los orificios femeninos y otros múltiples suplicios que incorporaba en cada sermón para sembrar el terror de Dios. El mismo Satanás era descrito hasta en sus más íntimas anomalías con el acento de Galicia del sacerdote, cuya misión en este mundo era sacudir las conciencias de los indolentes criollos.

Severo del Valle era ateo y masón, pero tenía ambiciones políticas y no podía darse el lujo de faltar a la misa más concurrida cada domingo y fiesta de guardar, para que todos pudieran verlo. Su esposa Nivea prefería entenderse con Dios sin intermediarios, tenía profunda desconfianza de las sotanas y se aburría con las descripciones del cielo, el purgatorio y el infierno, pero acompañaba a su marido en sus ambiciones parlamentarias, en la esperanza de que si él ocupaba un puesto en el Congreso, ella podría obtener el voto femenino, por el cual luchaba desde hacía diez años, sin que sus numerosos embarazos lograran desanimarla. Ese Jueves Santo el padre Restrepo había llevado a los oyentes al límite de su resistencia con sus visiones apocalípticas y Nivea empezó a sentir mareos. Se preguntó si no estaría nuevamente encinta. A pesar de los lavados con vinagre y las esponjas con hiel, había dado a luz quince hijos de los cuales todavía quedaban once vivos, y tenía razones para suponer que ya estaba acomodándose en la madurez, pues su hija Clara, la menor, tenía diez años. Parecía que por fin había cedido el ímpetu de su asombrosa fertilidad. Procuró atribuir su malestar al momento del sermón del padre Restrepo cuando la apuntó para referirse a los fariseos que pretendían legalizar a los bastardos y al matrimonio civil, desarticulando a la familia, la patria, la propiedad y la Iglesia, dando a las mujeres la misma posición que a los hombres, en abierto desafío a la ley de Dios, que en ese aspecto era muy precisa. Nivea y Severo ocupaban, con sus hijos, toda la tercera hilera de bancos. Clara estaba sentada al lado de su madre y ésta le apretaba la mano con impaciencia cuando el discurso del sacerdote se extendía demasiado en los pecados de la carne, porque sabía que eso inducía a la pequeña a visualizar aberraciones que iban más allá de la realidad, como era evidente por las preguntas que hacía y que nadie sabía contestar. Clara era muy precoz y tenía la desbordante imaginación que heredaron todas las mujeres de su familia por vía materna. La temperatura de la iglesia había aumentado y el olor penetrante de los cirios, el incienso y la multitud apiñada, contribuían a la fatiga de Nivea. Deseaba que la ceremonia terminara de una vez, para regresar a su fresca casa, a sentarse en el corredor de los helechos y saborear la jarra de horchata que la Nana preparaba los días de fiesta. Miró a sus hijos, los menores estaban cansados, rígidos en su ropa de domingo, y los mayores comenzaban a distraerse. Posó la vista en Rosa, la mayor de sus hijas vivas, y, como siempre, se sorprendió. Su extraña belleza tenía una cualidad perturbadora de la cual ni ella escapaba, parecía fabricada de un material diferente al de la raza humana. Nivea supo que no era de este mundo aun antes que naciera, porque la vio en sueños, por eso no le sorprendió que la comadrona diera un grito al verla. Al nacer, Rosa era blanca, lisa sin arrugas, como una muñeca de loza, con el cabello verde y los ojos amarillos, la criatura más hermosa que había nacido en la tierra desde los tiempos del pecado original, como dijo la comadrona santiguándose. Desde el primer baño, la Nana le lavó el pelo con infusión de manzanilla, lo cual tuvo la virtud de mitigar el color dándole una tonalidad de bronce viejo, y la ponía desnuda al sol, para fortalecer su piel, que era translúcida en las zonas más delicadas del vientre y las axilas, donde se adivinaban las venas y la textura secreta de los músculos. Aquellos trucos de gitana, sin embargo, no fueron suficientes y muy pronto se corrió la voz de que les había nacido un ángel. Nivea esperó a que las ingratas etapas del crecimiento otorgarían a su hija algunas imperfecciones, pero nada de eso ocurrió, por el contrario, a los dieciocho años Rosa no había engordado y no le habían salido granos, sino que se había acentuado su gracia marítima. El tono de su piel, con suaves reflejos azulados, y el de su cabello, la lentitud de sus movimientos y su carácter silencioso, evocaban a un habitante del agua. Tenía algo de pez si hubiera tenido una cola escamada habría sido claramente una sirena, pero sus dos piernas la colocaban en un límite impreciso entre la criatura humana y el ser mitológico. A pesar de todo, la joven había hecho una vida casi normal, tenía un novio y algún día se casaría con lo cual la responsabilidad de su hermosura pasaría a otras manos. Rosa inclinó la cabeza y un rayo se filtró por los vitrales góticos de la iglesia, dando un halo de luz a su perfil. Algunas personas se dieron vuelta para mirarla y cuchichearon, como a menudo ocurría a su paso, pero Rosa no parecía darse cuenta de nada, era inmune a la vanidad ese día estaba más ausente que de costumbre, imaginando nuevas bestias para bordar en su mantel, mitad pájaro y mitad mamífero, cubiertas con plumas iridiscentes y provistas de cuernos y pezuñas, tan gordas y con alas tan breves, que desafiaban las leyes de la biología y de la aerodinámica. Rara vez pensaba en su novio, Esteban Trueba, no por falta de amor, sino a causa de su temperamento olvidadizo y porque dos años de separación son mucha ausencia. El estaba trabajando en las minas del Norte. Le escribía metódicamente y a veces Rosa le contestaba enviando versos copiados y dibujos de flores en papel de pergamino con tinta china. A través de esa correspondencia, que Nivea violaba en forma regular, se enteró de los sobresaltos del oficio de minero, siempre amenazado por derrumbes, persiguiendo vetas escurridizas, pidiendo créditos a cuenta de la buena suerte, confiando en que aparecería un maravilloso filón de oro que le permitiría hacer una rápida fortuna y regresar para llevar a Rosa del brazo al altar, convirtiéndose así en el hombre más feliz del universo, como decía siempre al

final de las cartas. Rosa, sin embargo, no tenía prisa por casarse y casi había olvidado el único beso que intercambiaron al despedirse y tampoco podía recordar el color de los ojos de ese novio tenaz. Por influencia de las novelas románticas, que constituían su única lectura, le costaba imaginarlo con botas de suela, la piel quemada por los vientos del desierto, escarbando la tierra en busca de tesoros de piratas, doblones españoles y joyas de los incas, y era inútil que Nívea tratara de convencerla de que las riquezas de las minas estaban medidas en las piedras, porque a Rosa le parecía imposible que Esteban Trueba recogiera toneladas de peñascos con la esperanza de que, al someterlos a inicuos procesos crematorios, escupieran un gramo de oro. Entretanto, lo aguardaba sin aburrirse, imperturbable en la gigantesca tarea que se había impuesto: bordar el mantel más grande del mundo. Comenzó con perros, gatos y mariposas, pero pronto la fantasía se apoderó de su labor y fue apareciendo un paraíso de bestias imposibles que nacían de su aguja ante los ojos preocupados de su padre. Severo consideraba que era tiempo de que su hija se sacudiera la modorra y pusiera los pies en la realidad, que aprendiera algunos oficios domésticos y se preparara para el matrimonio, pero Nívea no compartía esa inquietud. Ella prefería atormentar a su hija con exigencias terrenales, pues presentía que Rosa era un ser celestial, que no estaba hecho para durar mucho tiempo en el tráfico grosero de este mundo, por eso la dejaba en paz con sus hilos de bordar y no objetaba aquel zoológico de pesadilla.

Una barba del corsé de Nívea se quebró y la punta se le clavó entre las costillas. Sintió que se ahogaba dentro del vestido de terciopelo azul, el cuello de encaje demasiado alto, las mangas muy estrechas, la cintura tan ajustada, que cuando se soltaba la faja pasaba media hora con retorcijones de barriga hasta que las tripas se le acomodaban en su posición normal. Lo habían discutido a menudo con sus amigas sufragistas y habían llegado a la conclusión de que mientras las mujeres no se cortaran las faldas y el pelo y no se quitaran los refajos, daba igual que pudieran estudiar medicina o tuvieran derecho a voto, porque de ningún modo tendrían ánimo para hacerlo, pero ella misma no tenía valor para ser de las primeras en abandonar la moda. Notó que la voz de Galicia había dejado de martillarle el cerebro. Se encontraba en una de esas largas pausas del sermón que el cura, conocedor del efecto de un silencio incómodo, empleaba con frecuencia. Sus ojos ardientes aprovechaban esos momentos para recorrer a los feligreses uno por uno. Nívea soltó la mano de su hija Clara y buscó un pañuelo en su manga para secarse una gota que le resbalaba por el cuello. El silencio se hizo denso, el tiempo pareció detenido en la iglesia, pero nadie se atrevió a toser o a acomodarse la postura, para no atraer la atención del padre Restrepo. Sus últimas frases todavía vibraban entre las columnas.

Y en ese momento, como recordara años más tarde Nívea, en medio de la ansiedad y el silencio, se escuchó con toda nitidez la voz de su pequeña Clara.

- ¡Pst! ¡Padre Restrepo! Si el cuento del infierno fuera pura mentira, nos chingamos todos...

El dedo índice del jesuita, que ya estaba en el aire para señalar nuevo suplicios, quedó suspendido como un pararrayos sobre su cabeza. La gente dejó de respirar y los que estaban cabeceando se reanimaron. Los esposos del Valle fueron los primeros en reaccionar al sentir que los invadía el pánico y al ver que sus hijos comenzaban a agitarse nerviosos. Severo comprendió que debía actuar antes que estallara la risa colectiva o se desencadenara algún cataclismo celestial. Tomó a su mujer del brazo y a Clara por el cuello y salió arrastrándolas a grandes zancadas, seguido por sus otros hijos, que se precipitaron en tropel hacia la puerta. Alcanzaron a salir antes que el sacerdote pudiera invocar un rayo que los convirtiera en estatuas de sal, pero desde el umbral escucharon su temible voz de arcángel ofendido:

-¡Endemoniada! ¡Soberbia endemoniada!

Esas palabras del padre Restrepo permanecieron en la memoria de la familia con la gravedad de un diagnóstico y, en los años sucesivos, tuvieron ocasión de recordarlas a menudo. La única que no volvió a pensar en ellas fue la misma Clara, que se limitó a anotarlas en su diario y luego las olvidó. Sus padres, en cambio, no pudieron ignorarlas, a pesar de que estaban de acuerdo en que la posesión demoníaca y la soberbia eran dos pecados demasiado grandes para una niña tan pequeña. Temían a la maledicencia de la gente y al fanatismo del padre Restrepo. Hasta ese día, no habían puesto nombre a las excentricidades de su hija menor ni las habían relacionado con influencias satánicas. Las tomaban como una características de la niña, como la cojera lo era de Luis o la belleza de Rosa. Los poderes mentales de Clara no molestaban a nadie y no producían mayor desorden; se manifestaban casi siempre en asuntos de poca importancia y en la estricta intimidad del hogar. Algunas veces, a la hora de comida, cuando estaban todos reunidos en el gran comedor de la casa, sentados en estricto orden de dignidad y gobierno, el salero comenzaba a vibrar y de pronto se desplazaba por la mesa entre las copas y platos, sin que mediara ninguna fuente de energía conocida ni truco de ilusionista. Nívea daba un tirón a las trenzas de Clara y con ese sistema conseguía que su hija abandonara su distracción lunática y devolviera la normalidad al salero, que al punto recuperaba su inmovilidad. Los hermanos se habían organizado para que, en el caso de que hubiera visitas, el que estaba más cerca detenía de un manotazo lo que se estaba moviendo sobre la mesa, antes que los extraños se dieran cuenta y sufrieran un sobresalto. La familia continuaba comiendo sin comentarios. También se habían habituado a los presagios de la hermana menor. Ella anunciaba los temblores con alguna anticipa-

En 1982 apareció en el ámbito literario una nueva autora, Isabel Allende, que se dio a conocer con una novela excepcional, *La Casa de los Espíritus*, con la cual alcanzó subido éxito mundial. Su nombre pasó a ocupar un lugar muy destacado entre los grandes narradores.

La autora se encontró entonces ante el reto de escribir a la altura de su primera obra y lo consiguió con *De Amor y de Sombra*, una poderosa novela sobre el miedo y la esperanza. Con su tercera novela *Eva Luna*, la autora atrapa a los lectores en un fascinante juego de cajas chinas, es un libro que puede leerse en muchos niveles. *Paula* es una novela de suspenso, muy descarnada que se lee sin respirar.

Su libro de relatos *Cuentos de Eva Luna* y su novela *Eva Luna* han sido traducidos a más de 25 lenguas, encabezan la lista de libros más leídos en varios países de América y Europa.

La escritora expresó: "En mis libros, he querido contar la tragedia de este torturado continente y la esperanza de los hombres y mujeres que luchan por un mundo mejor".

La imaginación de Isabel Allende es vasta y consecuente; se ocupa de evidencias y de secretos, de razones y de caprichos, de despotismos recalitrantes y de ternuras súbitas. Una ola suave de erotismo enlaza sus cadencias exactas y deslumbrantes.

Bañado por la luz diurna, con la fascinación plausible de un descenso natural evoca un copo de nieve que se derrite en una hoja de palmera.

Historias de amor y violencia en todos sus libros, el paisaje exhuberante y las extravagantes pasiones que determinan el destino de sus personajes.

Isabel Allende demuestra un profundo conocimiento del alma humana”.

Editorial Sudamericana

ción, lo que resultaba muy conveniente en ese país de catástrofes, porque daba tiempo de poner a salvo la vajilla y dejar al alcance de la mano las pantuflas para salir arrancando en la noche. A los seis años Clara predijo que el caballo iba a voltear a Luis, pero éste se negó a escucharla y desde entonces tenía una cadera desviada. Con el tiempo se le acortó la pierna izquierda y tuvo que usar un zapato especial con una gran plataforma que él mismo se fabricaba. En esa ocasión Nivea se inquietó, pero la Nana le devolvió la tranquilidad diciendo que hay muchos niños que vuelan como las moscas, que adivinan los sueños y hablan con las ánimas, pero a todos se les pasa cuando pierden la inocencia.

- Ninguno llega a grande en ese estado -explicó-. Espere que a la niña le venga la demostración y va a ver que se le quita la maña de andar moviendo los muebles y anunciando desgracias.

Clara era la preferida de la Nana. La había ayudado a nacer y ella era la única que comprendía realmente la naturaleza estafalaria de la niña. Cuando Clara salió del vientre de su madre, la Nana la acunó, la lavó y desde ese instante amó desesperadamente a esa criatura frágil, con los pulmones llenos de flema, siempre al borde de perder el aliento y ponerse morada, que había tenido que revivir muchas veces con el calor de sus grandes pechos cuando le faltaba el aire, pues ella sabía que ése era el único remedio para el asma, mucho más efectivo que los jarabes aguardentosos del doctor Cuevas.

Ese Jueves Santo, Severo se paseaba por la sala preocupado por el escándalo que su hija había desatado en la misa. Argumentaba que sólo un fanático como el padre Restrepo podía creer en endemoniados en pleno siglo veinte, el siglo de las luces, de la ciencia y la técnica, en el cual el demonio había quedado definitivamente desprestigiado. Nivea lo interrumpió para decir que no era ése el punto. Lo grave era que si las proezas de su hija trascendían las paredes de la casa y el cura empezaba a indagar, todo el mundo iba a enterarse.

- Va a empezar a llegar la gente para mirarla como si fuera un fenómeno - dijo Nivea.

- Y el Partido Liberal se irá al carajo - agregó Severo, que veía el daño que podía hacer a su carrera política tener una hechizada en la familia.

En eso estaban cuando llegó la Nana arrastrando sus alpargatas con su frufú de enaguas almidonadas, a anunciar que en el patio había unos hombres descargando un muerto. Así era. Entraron en un carro con cuatro caballos, ocupando todo el primer patio, aplastando las camelias y ensuciando con bosta el reluciente empedrado, en un torbellino de polvo, un piafar de caballos y un maldecir de hombres supersticiosos que hacían gestos contra el mal de ojo. Traían el cadáver del tío Marcos con todo su equipaje. Dirigía aquel tumulto un hombrecillo meliflúo, vestido de negro, con levita y un sombrero demasiado grande, que inició un discurso solemne para explicar las circunstancias del caso pero fue brutalmente interrumpido por Nivea, que se lanzó sobre el polvoriento ataúd que contenía los restos de su hermano más querido. Nivea gritaba que abrieran la tapa, para verlo con sus propios ojos. Ya le había tocado enterrarlo en una ocasión anterior, y, por lo mismo, le cabía la duda de que tampoco esta vez fuera definitiva su muerte. Sus gritos atrajeron a la multitud de sirvientes de la casa y a todos los hijos, que acudieron corriendo al oír el nombre de su tío resonando con lamentos de duelo.

Hacia un par de años que Clara no veía a su tío Marcos, pero lo recordaba muy bien. Era la única imagen perfectamente nítida de su infancia y para evocarla no necesitaba consultar el daguerrotipo del salón, donde aparecía vestido de explorador, apoyando en una escopeta de dos cañones de modelo antiguo, con el pie derecho sobre el cuello de un tigre de Malasia, en la misma triunfante actitud que ella había observado en la Virgen del altar mayor, pisando el demonio vencido entre nubes de yeso y ángeles pálidos. A Clara le bastaba cerrar los ojos para ver a su tío en carne y hueso, curtido por las inclemencias de todos los climas del planeta, flaco, con unos bigotes de filibustero, entre los cuales asomaba su extraña sonrisa de dientes de tiburón. Parecía imposible que estuviera dentro de ese cajón negro al centro del patio.

En cada visita que hizo Marcos al hogar de su hermana Nivea, se quedó por varios meses, provocando el regocijo de los sobrinos, especialmente el de Clara, y una tormenta en la que el orden doméstico perdía su horizonte. La casa se atochaba de baúles, animales embalsamados, lanzas de indios, bultos de marinero. Por todos lados la gente andaba tropezando con su bártulos inauditos, aparecían bichos nunca vistos, que habían hecho el viaje desde tierras remotas, para terminar aplastados bajo la escoba implacable de la Nana en cualquier rincón de la casa. Los modales del tío Marcos eran los de un caníbal, como decía Severo. Se pasaba la noche haciendo movimientos incomprensibles en la sala, que, más tarde se supo, eran ejercicios destinados a perfeccionar el control de la mente sobre el cuerpo y a mejorar la digestión. Hacía experimentos de alquimia en la cocina, llenando toda la casa con humaredas fétidas y arruinaba las ollas con sustancias sólidas que no se podían desprender del fondo. Mientras los demás intentaban dormir, arrastraba sus maletas por los corredores, ensayaba sonidos agudos con instrumentos salvajes y enseñaba a hablar en español a un loro cuya lengua materna era de origen amazónico. En el día dormía en una hamaca que había tendido entre dos columnas del corredor, sin más abrigo que un taparrabos que ponía de pésimo humor a Severo, pero que Nivea disculpaba porque Marcos la había convencido de que así predicaba el Nazareno. Clara recordaba perfectamente, a pesar de que entonces era muy pequeña, la primera vez que su tío Marcos llegó a la casa de regreso de uno de sus viajes. Se instaló como si fuera a quedarse para siempre. Al poco tiempo, aburrido de presentarse en tertulias de señoritas donde la dueña de

la casa tocaba el piano, jugar al naipe y eludir los apremios de todos sus parientes para que sentara cabeza y entrara a trabajar de ayudante en el bufete de abogados de Severo del Valle, se compró un organillo y salió a recorrer las calles, con la intención de seducir a su prima Antonieta y, de paso, alegrar al público con su música de manivela. La máquina no era más que un cajón roñoso provisto de ruedas, pero él la pintó con motivos marineros y le puso una falsa chimenea de barco. Quedó con aspecto de cocina a carbón. El organillo tocaba una marcha militar y un vals alternadamente y entre vuelta y vuelta de la manivela, el loro, que había aprendido el español, aunque todavía guardaba su acento extranjero, atraía a la concurrencia con gritos agudos. También sacaba con el pico unos papelitos de una caja para vender la suerte a los curiosos. Los papeles rosados, verdes y azules, eran tan ingeniosos, que siempre apuntaban a los más secretos deseos del cliente. Además de los papeles de la suerte, vendía pelotitas de aserrín para divertir a los niños y polvos contra la impotencia, que comerciaba a media voz con los transeúntes afectados por ese mal. La idea del organillo nació como un último y desesperado recurso para atraer a la prima Antonieta, después que le fallaron otras formas más convencionales de cortejarla. Pensó que ninguna mujer en su sano juicio podía permanecer impasible ante una serenata de organillo. Eso fue lo que hizo. Se colocó debajo de su ventana un atardecer, a tocar su marcha militar y su vals, en el momento en que ella tomaba el té con un grupo de amigas. Antonieta no se dio por aludida hasta que el loro comenzó a llamarla por su nombre de pila y entonces se asomó por la ventana. Su reacción no fue la que esperaba su enamorado. Sus amigas se encargaron de repartir la noticia por todos los salones de la ciudad, y, al día siguiente, la gente empezó a pasear por las calles céntricas en la esperanza de ver con sus propios ojos al cuñado de Severo del Valle tocando el organillo y vendiendo pelotitas de aserrín con un loro apolillado, simplemente por el placer de comprobar que también en las mejores familias había buenas razones para avergonzarse. Ante el bochorno familiar, Marcos tuvo que desistir del organillo y elegir métodos menos conspicuos para atraer a la prima Antonieta, pero no renunció a seducirla. De todos modos, al final no tuvo éxito, porque la joven se casó de la noche a la mañana con un diplomático veinte años mayor, que se la llevó a vivir a un país tropical cuyo nombre nadie pudo recordar, pero que sugería negritud, bananas y palmeras, donde ella consiguió sobreponerse al recuerdo de aquel pretendiente que arruinó sus diecisiete años con sus marchas militares y sus vals. Marcos se hundió en la depresión durante dos o tres días, al cabo de los cuales anunció que jamás se casaría y que se iba a dar la vuelta al mundo. Vendió el organillo a un ciego y dejó el loro como herencia a Clara, pero la Nana lo envenenó secretamente con una sobredosis de aceite de hígado de bacalao, porque no podía soportar sus miradas lujuriosas, sus pulgas y sus gritos destemplados ofreciendo papelitos para la suerte, pelotas de aserrín y polvos para la impotencia.

Ese fue el viaje más largo de Marcos. Regresó con un cargamento de enormes cajas que se almacenaron en el último patio, entre el gallinero y la bodega de la leña, hasta que terminó el invierno, al despuntar la primavera, las hizo trasladar al Parque de los Desfiles, un descampado enorme donde se juntaba el pueblo a ver marchar a los militares durante las Fiestas Patrias, con el paso de ganso que habían copiado de los prusianos. Al abrir las cajas se vio que contenían piezas sueltas de madera, metal, y tela pintada. Marcos pasó dos semanas armando las partes de acuerdo a las instrucciones de un manual en inglés, que descifró con su invencible imaginación y un pequeño diccionario. Cuando el trabajo estuvo listo, resultó ser un pájaro de dimensiones prehistóricas, con un rostro de águila furiosa pintado en su parte delantera, alas móviles y una hélice en el lomo. Causó conmoción. Las familias de la oligarquía olvidaron el organillo y Marcos se convirtió en la novedad de la temporada. La gente hacía paseos los domingos para ir a ver al pájaro y los vendedores de chucherías y fotografías ambulantes hicieron su agosto. Sin embargo, al poco tiempo comenzó a agotarse el interés del público. Entonces Marcos anunció que apenas se despejara el tiempo pensaba elevarse en el pájaro y cruzar la cordillera. La noticia se regó en pocas horas y se convirtió en el acontecimiento más comentado del año. La máquina yacía con la panza asentada en la tierra firme, pesada y torpe, con más aspecto de pato herido, que de uno de esos modernos aeroplanos que empezaban a fabricarse en Norteamérica. Nada en su apariencia permitía suponer que podría moverse y mucho menos encumbrarse y atravesar las montañas nevadas. Los periodistas y curiosos acudieron en tropel. Marcos sonreía inmutable ante la avalancha de preguntas y posaba para los fotógrafos sin ofrecer ninguna explicación técnica o científica respecto a la forma en que pensaba realizar su empresa. Hubo gente que viajó de provincia para ver el espectáculo. Cuarenta años después, su sobrino nieto Nicolás, a quien Marcos no llegó a conocer, desenterró la iniciativa de volar que siempre estuvo presente en los hombres de su estirpe. Nicolás tuvo la idea de hacerlo con fines comerciales, en una salchicha gigantesca rellena de aire caliente, que llevaría impreso un aviso publicitario de bebidas gaseosas. Pero, en los tiempos en que Marcos anunció su viaje en aeroplano, nadie creía que ese invento pudiera servir para algo útil. El lo hacía por espíritu aventurero. El día señalado para el vuelo amaneció nublado, pero había tanta expectación, que Marcos no quiso aplazar la fecha. Se presentó puntualmente en el sitio y no dio ni una mirada al cielo que se cubría de grises nubarrones. La muchedumbre atónita, llenó todas las calles adyacentes, se encaramó en los techos y los balcones de las casas próximas y se apretujó en el parque. Ninguna concentración política pudo reunir a tanta gente hasta medio siglo después, cuando el primer candidato marxista aspiraba, por medios totalmente democráticos, a ocupar el sillón de los Presidentes. Clara recordaría toda su vida ese día de fiesta. La gente se vistió de primavera,

“Nací en Lima por casualidad, pues soy chilena. Tuve un padre que desapareció sin dejar rastros.

Mi madre fue el norte de mi infancia. Tal vez por eso me resulta más fácil escribir sobre mujeres. Ella me dio un cuaderno para anotar la vida a la edad en que otras niñas juegan con muñecas, plantando así la semilla que treinta años más tarde me llevaría a incursionar en la literatura”.

De Cuentos de Eva Luna

adelantándose un poco a la inauguración oficial de la temporada, los hombres con trajes de lino blanco y las damas con los sombreros de pajilla italiana que hicieron furor ese año. Desfilaban grupos de escolares con sus maestros, llevando flores para el héroe. Marcos recibía las flores y bromeaba diciendo que esperaran que se estrellara para llevarle flores al entierro. El obispo en persona, sin que nadie se lo pidiera, apareció con dos turiferarios a bendecir el pájaro y el orfeón de la gendarmería tocó música alegre y sin pretensiones, para el gusto popular. La policía, a caballo y con lanzas, tuvo dificultad en mantener a la multitud alejada del centro del parque, donde estaba Marcos vestido con una braga de mecánico, con grandes anteojos de automovilista y su cucalón de explorador. Para el vuelo llevaba, además, su brújula, un catalejos y unos extraños mapas de navegación aérea que él mismo había trazado basándose en las

teorías de Leonardo Da Vinci y en los conocimientos australes de los incas. Contra toda lógica, al segundo intento el pájaro se elevó sin contratiempos y hasta con cierta elegancia, entre los crujidos de su esqueleto y los estertores de su motor. Subió aleteando y se perdió entre las nubes, despedido por una fanfarria de aplausos, silbatos, pañuelos, banderas, redobles musicales del orfeón y aspersiones de agua bendita. En tierra quedó el comentario de la maravillada concurrencia y de los hombre más instruidos, que intentaron dar una explicación razonable al milagro. Clara siguió mirando el cielo hasta mucho después que su tío se hizo invisible. Creyó divisarlo diez minutos más tarde, pero sólo era un gorrión pasajero. Después de tres días, la euforia provocada por el primer vuelo de aeroplano en el país, se desvaneció y nadie volvió a acordarse del episodio, excepto Clara, que oteaba incansablemente las alturas.

ANÁLISIS Y COMENTARIO



Los temas de la novela

El mundo fabuloso que nos presenta la novelista abarca la historia de tres generaciones de la familia Trueba-Delvalle, que ahonda en los avatares de la política criolla, las excentricidades de la sociedad oligárquica, dentro de un marco histórico que desnuda a la dictadura cruel y sombría de Chile.

Es la saga de una familia patriarcal y aristocrática en franca decadencia, es a la vez testimonial desde el momento de la campaña política para el triunfo de la alianza popular y más tarde el golpe militar con sus errores y abusos.

El tiempo del relato

El mundo novelístico de La Casa de los Espíritus se organiza en un tiempo prolongado y difuso, esa figuración temporal atraviesa el relato como un remolino en que pasado, presente y futuro se confunden en la espiral de la infinitud, porque invade el mundo del más allá, la vuelta de los muertos, tal ocurre en la última parte en la que el viejo Senador se percata de la presencia de Clara, su esposa muerta.

La novela es como una nave viajera del tiempo que se fugó al pasado y en ocasiones horada el futuro. La sujeción a un presente se realiza mediante el “cuaderno de la vida” en el que Clara escribe sus memorias y que es completada por su nieta Alba ya al final del relato.

Estrategias del relato

La mención recurrente al cuaderno de Clara, la repetición incansante se vuelve **catafórica**, el relato se construye en un tiempo que parece doblado sobre sí mismo. Los mismos hechos son contados por los distintos personajes, en un tiempo que parece plegado. Como ejemplo tenemos la historia de Rosa, la Bella, la de los cabellos verdes, que es contada sucesivamente por el novio, por el padre de ella, por su hermana Clara, más tarde por su sobrina Blanca y luego por su sobrina Alba. La memoria está compuesta, en ese sentido, de fragmentos a los que se da continuidad en el recuerdo; trasmutándose a veces, por olvido, en ocasiones por desplazamientos cuando Clara cuenta la historia del tío Marcos o la repite con variantes más tarde Clara o cuando Alba lee la historia de la abuela, es como reorganiza el tiempo para dar nuevos sentidos a los sucesos.

La narración de hechos históricos como la alusión “al poeta”, refiriéndose a Pablo Neruda, recurre también a anticipaciones como la narración del espanto ante la muerte del Presidente, el bombardeo al Palacio de Gobierno, las escenas de horror de las torturas. Se condensa la imagen del presente que permanece y se patentiza en la memoria para vivir en ella. Las distintas voces de los diferentes personajes se erigen como una continua resistencia al olvido.

Como estrategia discursiva se adelgaza el límite entre el pasado y el presente. En el nivel de la trama el entrecruzamiento de imágenes, circunstancias veladas y significaciones nunca unívocas.

Mirando el contexto social

La evolución de la sociedad desde la perspectiva de una economía agraria y rural es descrita con minuciosidad, precisión y dinamismo como lo referente a la explotación del campesinado.

Hombres, mujeres y niños trabajaban de sol a sol, sin descanso dominical, sin atención a la salud. Las mujeres y los niños ayudaban en las cosechas, cuidaban las aves, proveían de ropa tejiendo la lana. Esteban aplicó por ese tiempo, la política del autoabastecimiento, aunque les trataba con dureza y hasta con crueldad, se preocupó de sustituir los ranchos por casitas de ladrillos y edificó una escuelita para los niños, a más de proveerles de lo necesario bancos, cuadernos, libros y un maestro traído de la capital.

Pero a los campesinos ya no les satisfacía la política proteccionista, soñaban con poder conseguir su autonomía.

Por esa época llegaron los primeros políticos de izquierda que les abrían los ojos y les hacían discursos sobre los patronos a quienes calificaban como explotadores inhumanos, que gobernaban para su provecho en detrimento del campesino.

El clima político

En la capital se incubaba la gran coalición, la gente pobre deseaba el cambio, surgió un gran movimiento que reunió a los partidos de oposición en una gran alianza que inició una campaña electoral que duró muchos meses. Los campesinos tenían noticias aunque todavía lejanas de los cambios que se anunciaban, les llegaban panfletos distribuidos en forma clandestina. Los ecos de ese movimiento tardaron en llegar a la hacienda de Esteban Trueba porque él se encargaba de controlarlo todo, pero la infiltración dio resultados positivos y el pueblo entregó su voto a la Alianza Popular que triunfó por amplia mayoría.

El gobierno que se instaló tuvo que enfrentar serios problemas: conspiraciones continuas del empresariado internacional unido al liberalismo y al capitalismo chileno. La resistencia de los izquierdistas fue fuerte y la prensa denunciaba constantemente la intromisión extranjera. Toda esta situación culmina con el golpe militar en que muere el Presidente dentro del Palacio durante el bombardeo.

La presencia de la mujer

Las mujeres, compañeras de causa, son presentadas desde su psicología profunda, la obsesión, la interpretación de

los sueños secretos, la identificación total con los ideales de la revolución, el sufrimiento que viven por amor, el amor total que asume solidariamente el destino de su amado. Mujeres valientes, fuertes, que sufrían las vejaciones de soldados vandálicos, salvajes, borrachos, en perpetua excitación erótica, que abusaban de ellas en presencia de sus esposos, de sus hijos o de sus compañeros de celda.

Galería de Personajes

Mujeres estrafalarias, hombres extravagantes conforman la galería de personajes excéntricos que pueblan el universo novelístico de la Casa de los Espíritus.

Rosa, la bella, dueña de una extraña belleza, blanca, lisa como una muñeca de losa, posee una extraña atracción de la que nadie podía escapar, con el cabello verde y los ojos amarillos.

Murió envenenada por un aguardiente que le habían regalado sus amigos políticos a su padre, el Senador Delvalle. Rosa vive un amor que no se concreta a causa de su muerte.

Clara, la hermana de Rosa, desde pequeña podía ver con anticipación los acontecimientos, anunciaba las desgracias y sus predicciones eran infalibles. El sacerdote la tachaba de endemoniada porque hacía volar los saleros en la mesa y movía con su mirada las tazas.

Férula, la hermana de Esteban Trueba, cuidaba de su madre tullida a causa de las artritis, los días sábados rezaba el rosario en el barrio rojo por la conversión de las prostitutas o iba a los barrios miserables a bañar “enfermos y mendigos”.

El tío Marcos, otro extravagante, había viajado a tierras remotas; a su vuelta trajo animales embalsamados, bichos nunca vistos, colmillos de elefantes, lanzas de indios. Hacía experimentos de alquimia en la cocina y tocaba el organillo en las calles

entre vuelta y vuelta de la manivela una marcha militar y un vals alternadamente, mientras un loro amaestrado sacaba papelititos con el pico de una caja para vender la suerte.

Esteban Trueba hacía gala de neurosis, en sus juventud explotó una mina, luego se dedicó a la hacienda en un valle; entre montañas, en el sur de Chile, allí vivió una década sin alternar con nadie. Se le agrió su carácter y se volvió cruel. Violaba a cuanta campesina iba creciendo o llegaba a la pubertad (p. 55). En la ciudad, maltrataba a sus criados, solo respetaba a la Nana, la que crió a sus hijos. La mente de él quedó perturbada y en su vejez veía visiones.

La galería de seres casi irracionales la integran también los mellizos, hijos de Clara. Uno de ellos se vuelve budista, nudista, realiza largas sesiones de meditación, se alimenta sólo de hierbas, se debilita y pierde el juicio, se hace bailarín y zapatea desnudo sobre la mesa de los bares, de donde lo sacaban a rastras.

También aparece la amiga del bailarín, una universitaria comunista, que se acuesta con él y queda embarazada; practica el aborto; como consecuencia se debate entre la vida y la muerte y luego se vuelve drogadicta.

Intencionalidad de la autora

En la novela se concentra toda la amargura del intelectual latinoamericano que condena la opresión política, toda la frustración de los que acunan ideas libertarias, que no duda de la eficacia de la rebeldía juvenil.

Muestra la pobreza urbana, la vida miserable en las barriadas, las rancherías que afean la ciudad capital, los campesinos, los auténticos desheredados, la muerte pequeña de los pobres del basural que se muestra como algo cotidiano y natural.

Una obra como La Casa de los Espíritus no puede tener un solo significado, es obvia la **plurisignificación**, admite varios niveles de lectura, abre las puertas de múltiples lecturas y reactualizaciones del mismo texto que configurarán nuevas interpretaciones con el acopio de nuevas informaciones sobre las situaciones y los acontecimientos narrados.

ACTIVIDADES



Después de la lectura. Relación lectora-expresión escrita.

1. Escribimos algunas ideas básicas sobre el sentido histórico del texto. Sugerimos estas guías.
 - Época que abarca la novela
 - Acontecimientos y sucesos reales que fueron narrativizados
 - Personajes de existencia real
2. Elaboramos una lista de acontecimientos que ilustran la evolución social de Chile según el texto.
3. Encontramos en el texto acciones que aluden al cambio social y comentarlas.
4. Organizamos un esquema de causas y consecuencias de la muerte del Presidente.
5. Escribimos un *texto argumentativo* para justificar las causas de la revolución, según la novela leída, para la cual consideramos estas propuestas como un camino posible:
 - Relacionamos los conceptos de revolución con las manifestaciones de los hablantes, relatores o voces narrativas.
 - Según el comportamiento de los personajes.
 - Organizamos el texto con una breve introducción. En el desarrollo exponemos las ideas siguiendo un orden lógico.
 - Agrupamos las ideas afines en el mismo párrafo, para evitar contradicciones.
3. Establecemos causas y consecuencias para que los argumentos resulten convincentes.
4. Concluimos con un párrafo que sintetice el contenido expuesto y que deje una opinión justificada sobre el tema analizado.
5. Presentamos nuestro trabajo para ser evaluado vía portafolio.